

**La vida es sueño**

**Por**

**Pedro Calderón de la Barca**

*Freeeditorial* 

**Personas que hablan en ella:**

ROSAURA, dama

SEGISMUNDO, príncipe

CLOTALDO, viejo

ESTRELLA, infanta

SOLDADOS

CLARÍN, gracioso

BASILIO, rey

ASTOLFO, príncipe

GUARDAS

MÚSICO

## **Jornada primera**

Sale en lo alto de un monte ROSAURA en hábito de hombre, de camino, y en representando los primeros versos va bajando.

ROSAURA:

Hipogrifo violento,  
que corriste parejas con el viento,  
¿dónde rayo sin llama, pájaro sin matiz, pez  
sin escama  
y bruto sin instinto  
natural, al confuso laberinto de esas desnudas peñas  
te desbocas, te arrastras y despeñas? Quédate en este  
monte, donde tengan los brutos su Faetonte que yo,  
sin más camino que el que me dan las leyes del  
destino, ciega y desesperada, bajaré la cabeza  
enmarañada deste monte eminente que arruga el sol  
el ceño de la frente. Mal, Polonia, recibes a un  
extranjero, pues con sangre escribes su entrada en tus  
arenas; y apenas llega, cuando llega a penas. Bien mi  
suerte lo dice; mas ¿dónde halló piedad un infelice?

Sale CLARÍN, gracioso:

Di dos, y no me dejes en la posada a mí cuando te  
quejes; que si dos hemos sido los que de nuestra  
patria hemos salido a probar aventuras, dos los que  
entre desdichas y locuras aquí habemos llegado, y  
dos los que del monte hemos rodado, ¿no es razón  
que yo sienta meterme en el pesar y no en la  
cuenta?

ROSAURA:

No quise darte parte en mis quejas, Clarín, por no  
quitarte, llorando tu desvelo, el derecho que tienes  
al consuelo; que tanto gusto había en quejarse, un  
filósofo decía, que, a trueco de quejarse,

habían las desdichas de buscarse.

CLARÍN:

El filósofo era un borracho barbón. ¡Oh, quién le diera más de mil bofetadas! Quejárase después de muy bien dadas. Mas ¿qué haremos, señora, a pie, solos, perdidos y a esta hora en un desierto monte, cuando se parte el sol a otro horizonte?

ROSAURA:

¡Quién ha visto sucesos tan extraños! Mas si la vista no padece engaños que hace la fantasía, a la medrosa luz que aún tiene el día me parece que veo un edificio.

CLARÍN:

O miente mi deseo, o termino  
las señas.

ROSAURA:

Rústico nace entre desnudas peñas un palacio tan breve que el sol apenas a mirar se atreve; con tan rudo artificio la arquitectura está de su edificio que parece, a las plantas de tantas rocas y de peñas tantas que al sol tocan la lumbre, peñasco que ha rodado de la cumbre.

CLARÍN:

Vámonos acercando; que éste es mucho mirar,  
señora, cuando es mejor que la gente

que habita en ella generosamente nos admita.

ROSAURA:

La puerta  
(mejor diré funesta boca) abierta está, y desde su centro nace la noche, pues la engendra dentro.  
(Suena ruido de cadenas).

CLARÍN:

¡Qué es lo que escucho, cielo!

ROSAURA:

Inmóvil bulto soy de fuego y yelo.

CLARÍN:

Cadenita hay que suena. Mátenme, si no es  
galeote en pena; bien mi temor lo dice.

Dentro SEGISMUNDO:

SEGISMUNDO:

¡Ay mísero de mí! ¡Y ay infelice!

ROSAURA:

¡Qué triste voz escucho!  
Con nuevas penas y tormentos luchó.

CLARÍN:

Yo con nuevos temores.

ROSAURA:

Clarín...

CLARÍN

Señora...

ROSAURA:

Huigamos los rigores desta  
encantada torre.

CLARÍN:

Yo aún no tengo ánimo de huir, cuando a eso  
vengo.

ROSAURA:

¿No es breve luz aquella caduca exhalación,  
pálida estrella, que en trémulos desmayos,  
pulsando ardores y latiendo rayos, hace más  
tenebrosa la obscura habitación con luz dudosa?  
Sí, pues a sus reflejos puedo determinar (aunque  
de lejos) una prisión obscura  
que es de un vivo cadáver sepultura; y porque más  
me asombre, en el traje de fiera yace un hombre  
de prisiones cargado, y sólo de la luz acompañado.  
Pues huir no podemos, desde aquí sus desdichas  
escuchemos; sepamos lo que dice.

(Descúbrese SEGISMUNDO con una cadena y a la luz, vestido de pieles).

SEGISMUNDO:

¡Ay mísero de mí! ¡Y ay infelice! Apurar,  
cielos, pretendo ya que me tratáis así, qué  
delito cometí contra vosotros naciendo;  
aunque si nací, ya entiendo qué delito he  
cometido. Bastante causa ha tenido vuestra  
justicia y rigor;  
pues el delito mayor del hombre es  
haber nacido. Sólo quisiera saber, para  
apurar mis desvelos (dejando a una  
parte, cielos, el delito de nacer), qué  
más os pude ofender, para castigarme  
más. ¿No nacieron los demás?  
Pues si los demás nacieron, ¿qué  
privilegios tuvieron que yo no gocé  
jamás? Nace el ave, y con las galas  
que le dan belleza suma, apenas es flor  
de pluma, o ramillete con alas cuando  
las etéreas salas corta con velocidad,  
negándose a la piedad del nido que  
deja en calma: ¿y teniendo yo más  
alma, tengo menos libertad? Nace el  
bruto, y con la piel que dibujan  
manchas bellas, apenas signo es de  
estrellas, gracias al docto pincel,  
cuando, atrevido y crüel, la humana  
necesidad le enseña a tener crueldad,  
monstruo de su laberinto ¿y yo con  
mejor distinto tengo menos libertad?  
Nace el pez, que no respira, aborto de  
ovas y lamas, y apenas bajel de  
escamas sobre las ondas se mira,  
cuando a todas partes gira, midiendo la  
inmensidad de tanta capacidad  
como le da el centro frío: ¿y yo con más  
albedrío tengo menos libertad? Nace el  
arroyo, culebra que entre flores se desata, y  
apenas, sierpe de plata, entre las flores se  
quiebra, cuando músico celebra de las  
flores la piedad que le dan la majestad, el  
campo abierto a su ida: y teniendo yo más  
vida tengo menos libertad? En llegando a

esta pasión un volcán, un Etna hecho,  
quisiera sacar del pecho pedazos del  
corazón. ¿Qué ley, justicia o razón negar a  
los hombres sabe privilegio tan suave,  
excepción tan principal, que Dios le ha  
dado a un cristal, a un pez, a un bruto y a  
un ave?

ROSAURA:

Temor y piedad en mí sus razones  
han causado.

SEGISMUNDO:

¿Quién mis voces ha escuchado? ¿Es Clotaldo?

CLARÍN:

(Aparte)  
(Di que sí).

ROSAURA:

No es sino un triste, ¡ay de mí! que en estas  
bóvedas frías  
oyó tus melancolías. (Ásela).

SEGISMUNDO:

Pues la muerte te daré, porque no sepas  
que sé, que sabes flaquezas mías. Sólo  
porque me has oído, entre mis  
membrudos brazos te tengo de hacer  
pedazos.

CLARÍN:

Yo soy sordo, y no he podido escucharte.

ROSAURA:

Si has nacido humano, baste el  
postrarme a tus pies para librarme.

SEGISMUNDO:

Tu voz pudo enterñecerme, tu presencia  
susenderme, y tu respeto turbarme. ¿Quién  
eres? Que aunque yo aquí tan poco del  
mundo sé, que cuna y sepulcro fue esta torre

para mí; y aunque desde que nací (si esto es nacer) sólo advierto este rústico desierto, donde miserable vivo, siendo un esqueleto vivo, siendo un animado muerto; y aunque nunca vi ni hablé sino a un hombre solamente que aquí mis desdichas siente, por quien las noticias sé de cielo y tierra; y aunque aquí, porque más te asombres y monstruo humano me nombres, entre asombros y quimeras, soy un hombre de las fieras, y una fiera de los hombres; y aunque en desdichas ta[n] graves la política he estudiado, de los brutos enseñado, advertido de las aves, y de los astros suaves los círculos he medido, tú sólo, tú, has suspendido la pasión a mis enojos, la suspensión a mis ojos, la admiración al oído. Con cada vez que te veo nueva admiración me das, y cuando te miro más aun más mirarte deseo. Ojos hidrópicos creo que mis ojos deben ser; pues cuando es muerte el beber, beben más, y desta suerte, viendo que el ver me da muerte, estoy muriendo por ver. Pero véate yo y muera; que no sé, rendido ya, si el verte muerte me da, el no verte qué me diera. Fuera, más que muerte fiera, ira, rabia y dolor fuerte; fuera muerte; desta suerte su rigor he ponderado, pues dar vida a un desdichado es dar a un dichoso muerte.

#### ROSAURA:

Con asombro de mirarte, con admiración de oírte, ni sé qué pueda decirte, ni qué pueda preguntarte. Sólo diré que a esta parte hoy el cielo me ha guiado para haberme consolado, si consuelo puede ser, del que es desdichado, ver a otro que es más desdichado. Cuentan de un sabio, que un día tan pobre y mísero estaba, que sólo se sustentaba de unas yerbas que comía. ¿Habrá otro -entre sí decíamás pobre y triste que yo? Y

cuento el rostro volvió halló la respuesta, viendo que iba otro sabio cogiendo las hojas que él arrojó. Quejoso de la fortuna yo en este mundo vivía, y cuando entre mí decía: ¿Habrá otra persona alguna de suerte más importuna?, piadoso me has respondido; pues volviendo en mi sentido, hallo que las penas mías, para hacerlas tú alegrías, las hubieras recogido. Y por si acaso mis penas pueden aliviarte en parte, oyelas atento, y toma las que dellas me sobraren. Yo soy...

CLOTALDO:

(Dentro CLOTALDO)

Guardas desta torre, que, dormidas o cobardes, disteis paso a dos personas que han quebrantado la cárcel...

ROSAURA:

Nueva confusión padezco.

SEGISMUNDO:

Éste es Clotaldo, mi alcaide.

Aún no acaban mis desdichas.

CLOTALDO:

(Dentro).

... acuidid, y vigilantes, sin que puedan defenderse, o prendeldes o mataldes.

TODOS.

(Dentro).

¡Traición!

CLARÍN:

Guardas desta torre, que entrar aquí nos dejasteis, pues que nos dais a escoger, el prendernos es más fácil.

Sale CLOTALDO con escopeta, y SOLDADOS, todos con los rostros cubiertos.

CLOTALDO:

Todos os cubrid los rostros; que es  
diligencia importante mientras estamos  
aquí que no nos conozca naide.

CLARÍN:

¿Enmascaraditos hay?

CLOTALDO:

¡Oh vosotros, que ignorantes  
de aqueste vedado sitio coto y término  
pasasteis contra el decreto del Rey, que  
manda que no ose nadie examinar el  
prodigo que entre estos peñascos yace!  
¡Rendid las armas y vidas, o questa  
pistola, áspid de metal, escupirá el veneno  
penetrante de dos balas, cuyo fuego será  
escándalo del aire!

SEGISMUNDO:

Primero, tirano dueño, que los ofendas y  
agravies, será mi vida despojo destos  
lazos miserables; pues en ellos, vive Dios,  
tengo de despedazarme con las manos,  
con los dientes, entre aquestas peñas,  
antes que su desdicha consienta y que  
llore sus ultrajes.

CLOTALDO:

Si sabes que tus desdichas, Segismundo, son  
tan grandes, que antes de nacer moriste por  
ley del cielo; si sabes que aquestas prisiones  
son de tus furias arrogantes un freno que las  
detenga y una rienda que las pare, ¿por qué  
blasonas? La puerta cerrad desa estrecha  
cárcel; escondelde en ella. (Ciérranle la  
puerta, y dice dentro) SEGISMUNDO:

¡Ah cielos, qué bien hacéis en  
quitarme la libertad! Porque fuera  
contra vosotros gigante, que, para  
quebrar al sol esos vidrios y cristales,

sobre cimientos de piedra pusiera  
montes de jaspe.

CLOTALDO:

Quizá porque no los pongas, hoy padeces  
tantos males.

ROSAURA:

Ya que vi que la soberbia te ofendió  
tanto, ignorante fuera en no pedirte  
humilde vida que a tus plantas yace.  
Muévate en mí la piedad; que será  
rigor notable que no hallen favor en ti  
ni soberbias ni humildades.

CLARÍN:

Y si Humildad y Soberbia no te  
obligan, personajes que han movido y  
removido mil autos sacramentales, yo,  
ni humilde ni soberbio, sino entre las  
dos mitades entreverado, te pido que  
nos remedies y ampare.

CLOTALDO:

¡Hola!

SOLDADOS.

Señor...

CLOTALDO:

A los dos quitad las armas, y ataldes  
los ojos, porque no vean cómo ni de  
dónde salen.

ROSAURA:

Mi espada es ésta, que a ti solamente ha  
de entregarse, porque, al fin, de todos  
eres el principal, y no sabe rendirse a  
menos valor.

CLARÍN:

La mía es tal, que puede darse al más ruin;  
tomadla vos.

ROSAURA:

Y si he de morir, dejarte quiero, en la fe  
desta piedad, prenda que pudo estimarse  
por el dueño que algún día se la ciñó.  
Que la guardes te encargo, porque  
aunque yo no sé qué secreto alcance, sé  
que esta dorada espada encierra  
misterios grandes; pues sólo fiado en  
ella vengo a Polonia a vengarme de un  
agravio.

CLOTALDO:

(Aparte)

(¡Santos cielos! ¿Qué es esto? Ya son más  
graves mis penas y confusiones, mis ansias y  
mis pesares) ¿Quién te la dio?

ROSAURA:

Una mujer.

CLOTALDO:

¿Cómo se llama?

ROSAURA:

Que calle su nombre es  
fuerza.

CLOTALDO:

¿De qué  
infieres agora, o sabes, que hay secreto en  
esta espada?

ROSAURA:

Quien me la dio, dijo: «Parte a Polonia,  
y solicita con ingenio, estudio o arte,  
que te vean esa espada los nobles y  
principales; que yo sé que alguno dellos  
te favorezca y ampare»; que por si acaso  
era muerto no quiso entonces nombrarle.

CLOTALDO:

(Aparte)

(¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho? Aun no sé determinarme si tales sucesos son ilusiones o verdades. Esta espada es la que yo dejé a la hermosa Violante, por señas que el que ceñida la trujera, había de hallarme amoroso como hijo, y piadoso como padre.

Pues ¿qué he de hacer, ¡ay de mí!, en confusión semejante, si quien la trae por favor para su muerte la trae, pues que sentenciado a muerte llega a mis pies? ¡Qué notable confusión! ¡Qué triste hado! ¡Qué suerte tan inconstante! Éste es mi hijo, y las señas dicen bien con las señales del corazón, que por verle llama el pecho, y en él bate las alas, y no pudiendo romper los candados, hace lo que aquel que está encerrado, y oyendo ruido en la calle se asoma por la ventana: y él así, como no sabe lo que pasa, y oye el ruido, va a los ojos a asomarse, que son ventanas del pecho por donde en lágrimas sale. ¿Qué he de hacer? ¡Válgame el cielo! ¿Qué he de hacer? Porque llevarle al Rey es llevarle, ¡ay triste!, a morir, pues ocultarle al Rey no puedo, conforme a la ley del homenaje. De una parte el amor propio, y la lealtad de otra parte me rinden. Pero ¿qué dudo? ¿La lealtad al Rey no es antes que la vida y que el honor?

Pues ella viva y él falte. Fuera de que, si ahora atiendo a que dijo que a vengarse viene de un agravio, hombre que está agraviado, es infame. No es mi hijo, no es mi hijo, ni tiene mi noble sangre. Pero si ya ha sucedido un peligro de quien nadie se libró, porque el honor es de materia tan fácil que con una acción se quiebra o se mancha con un aire, ¿qué más puede hacer, qué más el que es noble de su parte, que a costa de tantos riesgos haber venido a buscarle? Mi hijo es, mi sangre tiene, pues tiene valor tan grande; y así, entre una y otra duda, el medio más importante es irme al Rey, y decirle que es mi hijo, y que le mate. Quizá la misma piedad de mi honor podrá obligarle; y si le merezco vivo, yo le ayudaré a vengarse de su agravio. Mas si el Rey, en

sus rigores constante, le da muerte,  
morirá sin saber que soy su padre) Venid  
conmigo, extranjeros. No ternáis, no, de  
que os falte compañía en las desdichas;  
pues en duda semejante de vivir o de  
morir, no sé cuáles son más grandes.  
(Vanse)

Sale por una parte ASTOLFO con acompañamiento de soldados, y por otra ESTRELLA con damas. Suena música.

ASTOLFO:

Bien al ver los excelentes rayos, que  
fueron cometas, mezclan salvas diferentes  
las cajas y las trompetas, los pájaros y las  
fuentes; siendo con música igual, y con  
maravilla suma, a tu vista celestial, unos,  
clarines de pluma, y otras, aves de metal; y  
así os saludan, señora, como a su reina las  
balas, los pájaros como a Aurora, las  
trompetas como a Palas, y las flores como  
a Flora; porque sois, burlando el día, que  
ya la noche destierra, Aurora en el alegría,  
Flora en paz, Palas en guerra, y reina en el  
alma mía.

ESTRELLA:

Si la voz se ha de medir con las acciones  
humanas, mal habéis hecho en decir  
finezas tan cortesanas, donde os pueda  
desmentir todo ese marcial trofeo con  
quien ya atrevida lucho; pues no dicen,  
según creo, las lisonjas que os escucho,  
con los rigores que veo. Y advertid que  
es baja acción, que sólo a una fiera toca,  
madre de engaño y traición, el halagar  
con la boca y matar con la intención.

ASTOLFO:

Muy mal informada estáis,  
Estrella, pues que la fe  
de mis finezas dudáis, y os suplico  
que me oigáis la causa, a ver si la sé.  
Falleció Eustorgio tercero,

Rey de Polonia, quedó Basilio por heredero, y dos hijas, de quien yo y vos nacimos. No quiero cansar con lo que no tiene lugar aquí. Clorilene, vuestra madre y mi señora, que en mejor imperio agora dosel de luceros tiene, fue la mayor, de quien vos sois hija. Fue la segunda, madre y tía de los dos, la gallarda Recisunda, que guarde mil años Dios. Casó en Moscovia, de quien nací yo. Volver agora al otro principio es bien. Basilio, que ya, señora, se rinde al común desdén del tiempo, más inclinado a los estudios que dado a mujeres, enviudó sin hijos; y vos y yo aspiramos a este estado. Vos alegáis que habéis sido hija de hermana mayor; yo, que varón he nacido, y aunque de hermana menor, os debo ser preferido. Vuestra intención y la mía a nuestro tío contamos. Él respondió que quería componernos, y aplazamos este puesto y este día. Con esta intención salí de Moscovia y de su tierra; con ésta llegué hasta aquí, en vez de haceros yo guerra, a que me la hagáis a mí. ¡Oh, quiera Amor, sabio dios, que el vulgo, astrólogo cierto, hoy lo sea con los dos, y que pare este concierto en que seáis reina vos, pero reina en mi albedrío, dándoos, para más honor, su corona nuestro tío, sus triunfos vuestro valor, y su imperio el amor mío!

**ESTRELLA:**

A tan cortés bizarría menos mi pecho no muestra, pues la imperial monarquía, para sólo hacerla vuestra, me holgara que fuese mía; aunque no está satisfecho mi amor de que sois ingrato si en cuanto decís, sospecho que os desmiente ese retrato que está pendiente del pecho.

ASTOLFO:

Satisfaceros intento con él... Mas  
lugar no da tanto sonoro  
instrumento, que avisa que sale ya  
el Rey con su parlamento.

Tocan, y sale el Rey BASILIO, viejo y acompañamiento.

ESTRELLA:

Sabio Tales...

ASTOLFO:

Docto Euclides...

ESTRELLA: que entre  
signos...

ASTOLFO: que entre  
estrellas...

ESTRELLA: hoy  
gobiernas...

ASTOLFO: hoy  
resides...

ESTRELLA: y sus  
caminos...

ASTOLFO: sus  
huellas...

ESTRELLA: describes...

ASTOLFO: tasas y  
mides...

ESTRELLA: deja que en humildes  
lazos...

ASTOLFO: deja que en tiernos  
abrazos...

ESTRELLA: yedra dese tronco  
sea...

ASTOLFO: rendido a tus pies me  
vea.

BASILIO:

Sobrinos, dadme los brazos, y creed, pues  
que leales a mi precepto amoroso, venís  
con afectos tales, que a nadie dejé quejoso,  
y los dos quedéis iguales. Y así, cuando  
me confieso rendido al prolijo peso, sólo  
os pido en la ocasión silencio, que  
admiración ha de pedirla el suceso. Ya  
sabéis (estadme atentos amados sobrinos  
míos, corte ilustre de Polonia, vasallos,  
deudos y amigos), ya sabéis que yo en el  
mundo por mi ciencia he merecido el  
sobrenombre de docto; pues, contra el  
tiempo y olvido, los pinceles de Timantes  
los mármoles de Lisipo, en el ámbito del  
orbe me aclaman el gran Basilio. Ya sabéis  
que son las ciencias que más curso y más  
estimo, matemáticas sutiles, por quien al  
tiempo le quito, por quien a la fama rompo  
la jurisdicción y oficio de enseñar más  
cada día; pues cuando en mis tablas miro  
presentes las novedades de los venideros  
siglos, le gano al tiempo las gracias de  
contar lo que yo he dicho. Esos círculos de  
nieve, esos doseles de vidrio, que el sol  
ilumina a rayos,  
que parte la luna a giros, esos orbes de  
diamantes, esos globos cristalinos, que  
las estrellas adornan y que campean los  
signos, son el estudio mayor de mis  
años, son los libros donde en papel de  
diamante, en cuadernos de zafiros,  
escribe con líneas de oro, en caracteres  
distintos, el cielo nuestros sucesos, ya  
adversos o ya benignos. Éstos leo tan  
veloz, que con mi espíritu sigo sus  
rápidos movimientos por rumbos y por  
caminos. ¡Pluguiera al cielo, primero  
que mi ingenio hubiera sido de sus

márgenes comento y de sus hojas  
registro, hubiera sido mi vida el  
primero desperdicio de sus iras, y que  
en ellas mi tragedia hubiera sido,  
porque de los infelices aun el mérito es  
cuchillo, que a quien le daña el saber,  
homicida es de sí mismo! Dígalo yo,  
aunque mejor lo dirán sucesos míos,  
para cuya admiración otra vez silencio  
os pido. En Clorilene, mi esposa, tuve  
un infeliz hijo, en cuyo parto los  
cielos se agotaron de prodigios, antes  
que a la luz hermosa le diese el  
sepulcro vivo  
de un vientre, porque el nacer y el morir son  
parecidos. Su madre infinitas veces, entre ideas  
y delirios del sueño, vio que rompía sus  
entrañas atrevido un monstruo en forma de  
ho[m]bre, y entre su sangre teñido le daba  
muerte, naciendo víbora humana del siglo  
Llegó de su parto el día, y los presagios  
cumplidos (porque tarde o nunca son  
mentirosos los impíos), nació en horóscopo tal,  
que el sol, en su sangre tinto, entraba  
sañudamente con la luna en desafío; y siendo  
valla la tierra los dos faroles divinos a luz  
entera luchaban, ya que no a brazo partido. El  
mayor, el más horrendo eclipse que ha  
padecido el sol, después que con sangre lloró la  
muerte de Cristo, éste fue, porque, anegado el  
orbe entre incendios vivos, presumió que  
padecía el último parasismo. Los cielos se  
escurecieron, temblaron los edificios, llovieron  
piedras las nubes, corrieron sangre los ríos. En  
este mísero, en este mortal planeta o signo,  
nació Segismundo dando de su condición  
indicios, pues dio la muerte a su madre,  
con cuya fiereza dijo: «Ho[m]bre soy, pues que  
ya empiezo a pagar mal beneficios.» Yo,  
acudiendo a mis estudios, en ellos y en todo miro  
que Segismundo sería el hombre más atrevido, el  
príncipe más crUEL y el monarca más impío, por  
quien su reino vendría a ser parcial y diviso,  
escuela de las traiciones y academia de los vicios;

y él, de su furor llevado, entre asombros y delitos,  
había de poner en mí las plantas, y yo rendido a  
sus pies me había de ver (¡con qué congoja lo  
digo!) siendo alfombra de sus plantas las canas  
del rostro mío. ¿Quién no da crédito al daño, y  
más al daño que ha visto en su estudio, donde  
hace el amor propio su oficio? Pues dando crédito  
yo a los hados, que adivinos me pronosticaban  
daños en fatales vaticinios, determiné de encerrar  
la fiera que había nacido, por ver si el sabio tenía  
en las estrellas dominio. Publicóse que el Infante  
nació muerto; y, prevenido, hice labrar una torre  
entre las peñas y riscos desos montes, donde  
apenas la luz ha hallado camino,  
por defenderle la entrada sus rústicos  
obeliscos. Las graves penas y leyes, que  
con públicos editos declararon que  
ninguno entrase a un vedado sitio del  
monte, se ocasionaron de las causas que  
os he dicho. Allí Segismundo vive  
miserio, pobre y cautivo, adonde sólo  
Clotaldo le ha hablado, tratado y visto.  
Éste le ha enseñado ciencias; éste en la  
ley le ha instruido católica, siendo solo  
de sus miserias testigo. Aquí hay tres  
cosas: la una que yo, Polonia, os estimo  
tanto que os quiero librar de la opresión  
y servicio de un rey tirano, porque no  
fuera señor benigno el que a su patria y  
su imperio pusiera en tanto peligro. La  
otra es considerar que si a mi sangre le  
quito el derecho que le dieron humano  
fkuero y divino, no es cristiana caridad;  
pues ninguna ley ha dicho que por  
reservar yo a otro de tirano y de atrevido,  
pueda yo serlo, supuesto que si es tirano  
mi hijo, porque él delitos no haga, vengo  
yo a hacer los delitos. Es la última y  
tercera el ver cuánto yerro ha sido dar  
crédito fácilmente  
a los sucesos previstos; pues aunque su  
inclinación le dicte sus precipicios, quizá  
no le vencerán, porque el hado más  
esquivo, la inclinación más violenta, el

planeta más impío, sólo el albedrío inclinan, no fuerzan el albedrío. Y así, entre una y otra causa vacilante y discursivo, previne un remedio tal que os suspenda los sentidos. Yo he de ponerle mañana sin que él sepa que es mi hijo y rey vuestro, a Segismundo (que aqueste su nombre ha sido) en mi dosel, en mi silla, y, en fin, en el lugar mío, donde os gobiernos y os mande, y donde todos rendidos la obediencia le juréis; pues con aquesto consigo tres cosas, con que respondo a las otras tres que he dicho. Es la primera, que siendo prudente, cuerdo y benigno, desmintiendo en todo al hado que dél tantas cosas dijo, gozaréis el natural príncipe vuestro, que ha sido cortesano de unos montes, y de sus fieras vecino. Es la segunda, que si él, soberbio, osado, atrevido y crüel, con rienda suelta corre el campo de sus vicios, habré yo piadoso entonces con mi obligación cumplido; y luego en desposeerle haré como rey invicto, siendo el volverle a la cárcel no残酷, sino castigo. Es la tercera, que siendo el príncipe como os digo, por lo que os amo, vasallos, os daré reyes más dignos de la corona y el cetro, pues serán mis dos sobrinos; juntando en uno el derecho de los dos, y convenidos con la fe del matrimonio tendrán lo que han merecido. Esto como rey os mando, esto como padre os pido, esto como sabio os ruego, esto como anciano os digo; y si el Séneca español que era humilde esclavo, dijo, de su república un rey, como esclavo os lo suplico.

ASTOLFO:

Si a mí el responder me toca, como el que en efeto ha sido aquí el más interesado, en nombre de todos digo que Segismundo parezca pues le basta ser tu hijo.

TODOS:

Danos al príncipe nuestro, que ya por  
rey le pedimos.

BASILIO:

Vasallos, esa fineza os agradezco y  
estimo. Acompañad a sus cuartos a  
los dos atlantes míos, que mañana le  
veréis.

TODOS.

¡Viva el grande rey Basilio!  
(Étranse todos)

Antes que se entre el REY salen CLOTALDO, ROSAURA y CLARÍN, y [CLOTALDO] detiene al REY.

CLOTALDO:

¿Podréte hablar?

BASILIO:

¡Oh Clotaldo, tú seas muy bien  
venido!

CLOTALDO:

Aunque viniendo a tus pla[n]tas es fuerza  
el haberlo sido, esta vez rompe, señor, el  
hado triste y esquivo, el privilegio a la ley,  
y a la costumbre el estilo.

BASILIO:

¿Qué tienes?

CLOTALDO:

Una desdicha, señor, que me ha  
sucedido, cuando pudiera tenerla por  
el mayor regocijo.

BASILIO:

Prosigue.

CLOTALDO:

Este bello joven,

osado o inadvertido, entró en la torre,  
señor, adonde al Príncipe ha visto, y  
es...

BASILIO:

No te aflijas, Clotaldo. Si otro día  
hubiera sido, confieso que lo sintiera;  
pero ya el secreto he dicho, y no importa  
que él lo sepa, supuesto que yo lo digo.  
Vedme después porque tengo muchas  
cosas que advertiros, y muchas que  
hagáis por mí; que habéis de ser, os  
aviso, instrumento del mayor suceso que  
el mundo ha visto; y a esos presos,  
porque al fin no presumáis que castigo  
descuidos vuestros, perdono. (Vase)

COTALDO:

¡Vivas, gran señor, mil siglos! (Aparte)  
(Mejoró el cielo la suerte. Ya no diré  
que es mi hijo, pues que lo puedo  
excusar) Extranjeros peregrinos, libres  
estáis.

ROSAURA:

Tus pies beso mil veces.

CLARÍN:

Y yo los visto que una letra más o  
menos no reparan dos amigos.

ROSAURA:

La vida, señor, me has dado; y pues a  
tu cuenta vivo, eternamente seré  
esclavo tuyo.

COTALDO:

No ha sido vida la que yo te he dado,  
porque un hombre bien nacido, si está  
agraviado, no vive; y supuesto que has  
venido a vengarte de un agravio, según tú  
propio me has dicho, no te he dado vida  
yo, porque tú no la has traído; que vida  
infame no es vida.

ROSAURA:

(Aparte)

(Bien con aquesto le animo) Confieso que no la tengo, aunque de ti la recibo; pero yo con la venganza dejaré mi honor tan limpio, que pueda mi vida luego, atropellando peligros, parecer dádiva tuya.

CLOTALDO:

Toma el acero bruñido que trujiste; que yo sé que él baste, en sangre teñido de tu enemigo, a vengarte; porque acero que fue mío (digo este instante, este rato que en mi poder le he tenido) sabrá vengarte.

ROSAURA:

En tu nombre segunda vez me le ciño, y en él juro mi venganza, aunque fuese mi enemigo más poderoso.

CLOTALDO:

¿Eslo mucho?

ROSAURA:

Tanto que no te lo digo; no porque de tu prudencia mayores cosas no fíos, sino porque no se vuelva contra mí el favor que admiro en tu piedad.

CLOTALDO:

Antes fuera ganarme a mí con decirlo; pues fuera cerrarme el paso de ayudar a tu enemigo.

ROSAURA:

(Aparte)

(¡Oh, si supiera quién es!) Porque no pienses que estimo tan poco esa confianza, sabe que el contrario ha sido no menos que Astolfo, duque de Moscavia.

CLOTALDO:

(Aparte) (Mal resisto el dolor, porque es más grave que fue imaginado, visto)  
Apuremos más el caso. Si moscovita has nacido, el que es natural señor mal agraviarte ha podido. Vuélvete a tu patria, pues, y deja el ardiente brío que te despeña.

ROSAURA:

Yo sé que, aunque mi príncipe ha sido, pudo agraviarme.

CLOTALDO:

No pudo, aunque pusiera, atrevido,  
la mano en tu rostro.

ROSAURA:

(Aparte)  
(¡Ay cielos!)  
Mayor fue el agravio mío.

CLOTALDO:

Dilo ya, pues que no puedes decir más que yo imagino.

ROSAURA:

Sí dijera; mas no sé con qué respeto te miro, con qué afecto te venero, con qué estimación te asisto, que no me atrevo a decirte que es este exterior vestido enigma, pues no es de quien parece.  
Juzga advertido, si no soy lo que parezco, Astolfo a casarse vino con Estrella, si podrá agraviarme. Harto te he dicho.

(Vanse ROSAURA y CLARÍN)

CLOTALDO:

¡Escucha, aguarda, detente! ¿Qué confuso laberinto es éste, donde no puede hallar la razón el hilo? Mi honor es el agraviado,

poderoso el enemigo, yo vasallo, ella  
mujer. Descubra el cielo camino; aunque  
no sé si podrá, cuando en tan confuso  
abismo es todo el cielo un presagio, y es  
todo el mundo un prodigo.

## **Jornada segunda**

Salen el REY BASILIO y CLOTALDO.

CLOTALDO:

Todo, como lo mandaste, queda efetuado.

BASILIO:

Cuenta, Clotaldo, cómo pasó.

CLOTALDO:

Fue, señor, desta manera. Con la apacible bebida que de confecciones llena hacer mandaste, mezclando la virtud de algunas hierbas, cuyo tirano poder y cuya secreta fuerza así al humano discurso priva, roba y enajena, que deja vivo cadáver a un hombre, y cuya violencia, adormecido, le quita los sentidos y potencias... (No tenemos que argüir que aquesto posible sea, pues tantas veces, señor, nos ha dicho la experiencia, y es cierto, que de secretos naturales está llena la medicina, y no hay animal, planta ni piedra que no tenga calidad determinada; y si llega a examinar mil venenos la humana malicia nuestra que den la muerte, ¿qué mucho que, templada su violencia, pues hay venenos que maten, haya venenos que aduerman? Dejando aparte el dudar si es posible que suceda, pues que ya queda probado con razones y evidencias..). con la bebida, en efecto, que el opio, la adormidera y

el beleño compusieron, bajé a la cárcel estrecha de Segismundo; con él hablé un rato de las letras humanas que le ha enseñado la muda naturaleza de los montes y los cielos,

y en cuya divina escuela la retórica aprendió de las aves y las fieras. Para levantarle más el espíritu a la empresa que solicitas, tomé por asumpto la presteza de un águila caudalosa que, despreciando la esfera del viento, pasaba a ser, en las regiones supremas del fuego, rayo de pluma, o desasido cometa. Encarecí el vuelo altivo, diciendo: «Al fin eres reina de las aves, y así a todas es justo que te prefieras.»

Él no hubo menester más, que en tocando esta materia de la majestad, discurre con ambición y soberbia; porque en efecto la sangre le incita, mueve y alienta a cosas grandes, y dijo: «¡Que en la república inquieta de las aves también haya quien les jure la obediencia! En llegando a este discurso mis desdichas me consuelan; pues, por lo menos, si estoy sujeto, lo estoy por fuerza, porque voluntariamente a otro hombre no me rindiera.» Viéndole ya enfurecido con esto, que ha sido el tema de su dolor, le brindé con la pocima y, apenas pasó desde el vaso al pecho el licor, cuando las fuerzas rindió al sueño, discurriendo por los miembros y las venas un sudor frío, de modo que a no saber yo que era muerte fingida, dudara de su vida. En esto llegan las gentes de quien tú fías el valor desta experiencia, y poniéndole en un coche hasta tu cuarto le llevan, donde prevenida estaba la majestad y grandeza que es digna de su persona. Allí en tu cama le acuestan, donde al tiempo que el letargo haya perdido la fuerza, como a ti mismo, señor, le sirvan, que así

lo ordenas. Y si haberte obedecido te obliga a que yo merezca galardón, sólo te pido (perdona mi inadvertencia) que me digas qué es tu intento, trayendo desta manera a Segismundo a palacio.

BASILIO:

Clotaldo, muy justa es esa duda que tienes, y quiero sólo a vos satisfacerla. A Segismundo, mi hijo, el influjo de su estrella (vos lo sabéis) amenaza mil desdichas y tragedias. Quiero examinar si el cielo (que no es posible que mienta, y más habiéndonos dado de su rigor tantas muestras en su crUEL condición) o se mitiga o se templá por lo menos, y vencido con valor y con prudencia se desdice; porque el hombre predomina en las estrellas. Esto quiero examinar, trayéndole donde sepa que es mi hijo y donde haga de su talento la prueba. Si magnánimo se vence reinará; pero si muestra el ser crUEL y tirano, le volveré a su cadena. Agora preguntarás que para aquesta experiencia ¿qué importó haberle traído dormido desta manera? Y quiero satisfacerte dándote a todo respuesta. Si él supiera que es mi hijo hoy, y mañana se viera segunda vez reducido a su prisión y miseria, cierto es de su condición que desesperara en ella; porque sabiendo quién es ¿qué consuelo habrá que tenga? Y así he querido dejar abierta al daño esta puerta del decir que fue soñado cuanto vio. Con esto llegan a examinarse dos cosas. Su condición la primera; pues él despierto procede en cuanto imagina y piensa. Y el consuelo la segunda; pues aunque agora se vea obedecido, y después a sus prisiones se vuelva, podrá entender que soñó, y hará bien cuando lo entienda, porque en el mundo, Clotaldo, todos los que viven sueñan.

CLOTALDO:

Razones no me faltaran para probar  
que no aciertas. Mas ya no tiene  
remedio; y según dicen las señas,  
parece que ha despertado, y hacia  
nosotros se acerca.

BASILIO:

Yo me quiero retirar. Tú, como ayo  
suyo, llega, y de tantas confusiones  
como su discurso cercan le saca con  
la verdad.

CLOTALDO:

En fin, ¿que me das licencia para que lo  
diga?

BASILIO:

Sí; que podrá ser, con saberla, que,  
conocido el peligro, más fácilmente  
se venza.

Vase, sale CLARÍN.

CLARÍN:

(Aparte) (A costa de cuatro palos que  
el llegar aquí me cuesta de un  
alabardero rubio que barbó de su  
librea, tengo que ver cuanto pasa; que  
no hay ventana más cierta que aquélla  
que, sin rogar a un ministro de boletas,  
un hombre se trae consigo; pues para  
todas las fiestas despojado y despejado  
se asoma a su desvergüenza).

CLOTALDO:

(Aparte) (Éste es Clarín, el criado de aquélla,  
¡ay cielos!, de aquélla que, tratante de  
desdichas, pasó a Polonia mi afrenta).  
Clarín, ¿qué hay de nuevo?

CLARÍN: Hay, señor, que tu gran  
clemencia dispuesta a vengar agravios

de Rosaura, la aconseja que tome su propio traje.

CLOTALDO:

Y es bien, porque no parezca viviandad.

CLARÍN:

Hay que, mudando su nombre y  
tomando, cuerda, nombre de sobrina  
tuya, hoy tanto honor se acrecienta que  
dama en palacio ya de la singular  
Estrella vive.

CLOTALDO:

Es bien que de una vez tome su honor  
por mi cuenta.

CLARÍN:

Hay que ella se está esperando que  
ocasión y tiempo venga en que vuelvas  
por su honor.

CLOTALDO:

Prevención segura es ésa; que al fin el  
tiempo ha de ser quien haga esas  
diligencias.

CLARÍN:

Hay que ella está regalada, servida como  
una reina, en fe de sobrina tuya. Y hay  
que, viviendo con ella, estoy yo  
muriendo de hambre, y naide de mí se  
acuerda, sin mirar que soy Clarín, y que  
si el tal clarín suena, podrá decir cuanto  
pasa al Rey, a Astolfo y a Estrella;  
porque clarín y criado son dos cosas que  
se llevan con el secreto muy mal; y podrá  
ser, si me deja el silencio de su mano, se  
cante por mí esta letra: Clarín que rompe  
el albor no suena mejor.

CLOTALDO:

Tu queja está bien fundada; yo  
satisfaré tu queja, y en tanto sírveme a  
mí.

CLARÍN:

Pues ya Segismundo llega.

Salen músicos cantando, y criados, dando de vestir a SEGISMUNDO, que sale como asombrado.

SEGISMUNDO:

¡Válgame el cielo, qué veo!

¡Válgame el cielo, qué miro! Con poco espanto lo admiro, con mucha duda lo creo.

¿Yo en palacios suntuosos? ¿Yo entre telas y brocados? ¿Yo cercado de criados tan lucidos y brioso? ¿Yo despertar de dormir en lecho tan excelente? ¿Yo en medio de tanta gente que me sirva de vestir? Decir que sueño es engaño; bien sé que despierto estoy.

¿Yo Segismundo no soy?

Dadme, cielos, desengaño. Decidme: ¿qué pudo ser esto que a mi fantasía sucedió mientras dormía, que aquí me he llegado a ver? Pero sea lo que fuere, ¿quién me mete en discurrir? Dejarme quiero servir, y venga lo que viniere.

CRIADO 2:

¡Qué melancólico está!

CRIADO 1:

Pues ¿a quién le sucediera esto, que no lo estuviera?

CLARÍN:

A mí.

CRIADO 2:

Llega a hablarle ya.

CRIADO 1:

¿Volverán a cantar?

SEGISMUNDO:

No, no quiero que canten más.

CRIADO 2:

Como tan suspenso estás, quise divertirte.

SEGISMUNDO:

Yo no tengo de divertir con sus voces  
mis pesares; las músicas militares  
sólo he gustado de oír.

CLOTALDO:

Vuestra Alteza, gran señor rne dé su  
mano a besar; que el primero le ha de  
dar esta obediencia mi honor.

SEGISMUNDO:

(Aparte) Clotaldo es; pues ¿cómo así  
quien en prisión me maltrata con tal  
respeto me trata?

¿Qué es lo que pasa por mí?

CLOTALDO:

Con la grande confusión que el  
nuevo estado te da, rnil dudas  
padecerá el discurso y la razón.  
Pero ya librarte quiero

de todas, si puede ser, porque has,  
señor, de saber que eres príncipe  
heredero de Polonia. Si has estado  
retirado y escondido, por obedecer ha  
sido a la inclemencia del hado, que  
mil tragedias consiente a este imperio,  
cuando en él el soberano laurel corone  
tu augusta frente. Mas fiando a tu  
atención que vencerás las estrellas,  
porque es posible vencellas a un  
magnánimo varón, a palacio te han  
traído de la torre en que vivías,  
mientras al sueño tenías el espíritu  
rendido. Tu padre, el Rey mi señor,  
vendrá a verte, y dél sabrás,  
Segismundo, lo demás.

SEGISMUNDO:

Pues vil, infame y traidor, ¿qué tengo más que saber, después de saber quién soy, para mostrar desde hoy mi soberbia y mi poder? ¿Cómo a tu patria le has hecho tal traición, que me ocultaste a mí, pues que me negaste, contra razón y derecho, este estado?

CLOTALDO:

¡Ay de mí triste!

SEGISMUNDO:

Traidor fuiste con la ley, lisonjero con el Rey, y crüel conmigo fuiste; y así el Rey, la ley y yo, entre desdichas tan fieras, te condenan a que mueras a mis manos.

CRIADO 2:

Señor...

SEGISMUNDO: No

me estorbe nadie, que es vana diligencia; y ¡vive Dios! si os ponéis delante vos, que os eche por la ventana.

CRIADO 1:

Huye, Clotaldo.

CLOTALDO:

¡Ay de ti, que soberbia vas mostrando, sin saber que estás soñando! (Vase).

CRIADO 2:

Advierte...

SEGISMUNDO:

Apartad de aquí.

CRIADO 2:

... que a su Rey obedeció.

SEGISMUNDO:

En lo que no es justa ley no ha de obedecer al Rey; y tu príncipe era

yo.

CRIADO 2:

El no debió examinar si era bien hecho o mal hecho.

SEGISMUNDO:

Que estáis mal co[n] vos, sospecho, pues me dais que replicar.

CLARÍN:

Dice el Príncipe muy bien, y vos hicistes muy mal.

CRIADO 1:

¿Quién os dio licencia igual?

CLARÍN:

Yo me la he tomado.

SEGISMUNDO:

¿Quién eres tú?, di.

CLARÍN:

Entremetido, y deste oficio soy jefe, porque soy el mequetrefe mayor que se ha conocido.

SEGISMUNDO:

Tú solo en tan nuevos mundos me has agradado.

CLARÍN:

Señor,  
soy un grande agradador de todos los Segismundos.

Sale ASTOLFO.

ASTOLFO:

¡Feliz mil veces el día, oh Príncipe, que os mostráis, sol de Polonia, y llenáis de resplandor y alegría todos estos

horizontes con tan divino arrebol, pues  
que salís como el sol de debajo de los  
montes! Salid, pues, y aunque tan tarde  
se corona vuestra frente del laurel  
resplandeciente, tarde muera.

SEGISMUNDO:  
Dios os guarde.

ASTOLFO:  
El no haberme conocido sólo por disculpa  
os doy de no honrarme más. Yo soy  
Astolfo, duque he nacido de Moscovia, y  
primo vuestro; haya igualdad en los dos.

SEGISMUNDO:  
Si digo que os guarde Dios,  
¿bastante agrado no os muestro? Pero ya  
que, haciendo alarde de quien sois, desto os  
quejáis, otra vez que me veáis le diré a Dios  
que no os guarde.

CRIADO 2:  
(A ASTOLFO).

Vuestra Alteza considere que como en  
montes nacido con todos ha procedido.

(ASEGISMUNDO):  
Astolfo, señor, prefiere

SEGISMUNDO:  
Cansóme cómo llegó grave a hablarme; y  
lo primero que hizo, se puso el sombrero.

CRIADO 2:  
Es grande.

SEGISMUNDO:  
Mayor soy yo.

CRIADO 2:  
Con todo eso, entre los dos que haya  
más respeto es bien que entre los  
demás.

SEGISMUNDO:

¿Y quién os mete conmigo a vos?

Sale ESTRELLA.

ESTRELLA:

Vuestra Alteza, señor, sea muchas veces bien venido al dosel, que agradecido le recibe y le desea, adonde, a pesar de engaños, viva augusto y eminente, donde su vida se cuente

por siglos, y no por años.

SEGISMUNDO:

Dime tú agora, ¿quién es esta beldad soberana? ¿Quién es esta diosa humana, a cuyos divinos pies postra el cielo su arrebol?

¿Quién es esta mujer bella?

CLARÍN:

Es, señor, tu prima Estrella.

SEGISMUNDO:

Mejor dijeras el sol. Aunque el parabién es bien darme del bien que conquisto, de sólo haberos hoy visto os admito el parabién; y así, del llegarme a ver con el bien que no merezco, el parabién agradezco, Estrella; que amanecer podéis, y dar alegría al más luciente farol. ¿Qué dejáis que hacer al sol si os levantáis con el día? Dadme a besar vuestra mano, en cuya copa de nieve el aura candores bebe.

ESTRELLA:

Sed más galán cortesano.

ASTOLFO:

(Aparte) Si él toma la mano, yo soy perdido.

CRIADO 2:

(Aparte) El pesar sé de Astolfo, y le  
estorbaré. Advierte, señor, que no es  
justo atreverte así, y estando  
Astolfo...

SEGISMUNDO:

¿No digo que vos no os metáis conmigo?

CRIADO 2:

Digo lo que es justo.

SEGISMUNDO:

A mí todo eso me causa enfado. Nada me  
parece justo en siendo contra mi gusto.

CRIADO 2:

Pues yo, señor, he escuchado de ti que  
en lo justo es bien obedecer y servir.

SEGISMUNDO:

También oíste decir que por un  
balcón, a quien me canse, sabré  
arrojar.

CRIADO 2:

Con los hombres como yo no puede  
hacerse eso.

SEGISMUNDO:

¿No?

¡Por Dios, que lo he de probar!

(Cógele en los brazos y éntrase, y todos tras él, y torna a salir).

ASTOLFO:

¿Qué es esto que llego a ver?

ESTRELLA:

Llegad todos a ayudar. (Vase).

SEGISMUNDO:

Cayó del balcón al mar.

¡Vive Dios que pudo ser!

ASTOLFO:

Pues medid con más espacio vuestras acciones severas; que lo q[ue] hay de hombres a fieras hay desde un monte a palacio.

SEGISMUNDO:

Pues en dando tan severo en hablar con entereza, quizá no hallaréis cabeza en que se os tenga el sombrero.

Vase ASTOLFO y sale el REY.

BASILIO:

¿Qué ha sido esto?

SEGISMUNDO:

Nada ha sido  
A un hombre que me ha cansado de ese balcón  
he arrojado.

CLARÍN:

Que es el Rey está advertido.

BASILIO:

¿Tan presto una vida cuesta  
tu venida el primer día?

SEGISMUNDO:

Díjome que no podía hacerse, y gané la apuesta.

BASILIO:

Pésame mucho que cuando, Príncipe, a verte he venido, pensando hallarte advertido, de hados y estrellas triunfando, con tanto rigor te vea, y que la primera acción que has hecho en esta ocasión un grave homicidio sea. ¿Con qué amor llegar podré a darte agora mis brazos, si de sus soberbios lazos, que están enseñados sé a dar muerte? ¿Quién llegó a ver desnudo el puñal que dio una herida mortal, que no temiese? ¿Quién vio sangriento el lugar,

adonde a otro hombre dieron muerte, que no sienta? Que el más fuerte a su natural responde. Yo así, que en tus brazos miro desta muerte el instrumento, y miro el lugar sangriento de tus brazos me retiro; y, aunque en amorosos lazos ceñir tu cuello pensé, sin ellos me volveré, que tengo miedo a tus brazos.

SEGISMUNDO:

Sin ellos me podré estar como me he estado hasta aquí, que un padre que contra mí tanto rigor sabe usar que con condición ingrata de su lado me desvía, como a una fiera me cría y como a un monstruo me trata, y mi muerte solicita, de poca importancia fue que los brazos no me dé, cuando el ser de ho[m]bre me quita.

BASILIO:

Al cielo y a Dios pluguiera que a dártele no llegara; pues ni tu voz escuchara, ni tu atrevimiento viera.

SEGISMUNDO:

Si no me le hubieras dado, no me quejara de ti; pero una vez dado, sí por habérmele quitado; que aunque el dar el acción es más noble y más singular, es mayor bajeza dar, para quitarlo después.

BASILIO:

¡Bien me agradeces el verte, de un humilde y pobre preso, príncipe ya!

SEGISMUNDO:

Pues en eso  
¿qué tengo que agradecerte? Tirano de  
mi albedrío, si viejo y caduco estás  
muriéndote, ¿qué me das?  
¿Dasme más de lo que es mío?  
Mi padre eres y mi rey; luego toda esta  
grandeza me da la naturaleza por derechos de su

ley. Luego, aunq[ue] esté en este estado,  
obligado no te quedo, y pedirte cuentas puedo  
del tiempo que me has quitado libertad, vida y  
honor; y así, agradéceme a mí que yo no cobre  
de ti, pues eres tú mi deudor.

BASILIO:

Bárbaro eres y atrevido; cumplió su  
palabra el cielo; y así, para él mismo  
apelo, soberbio, desvanecido. Y aunque  
sepas ya quién eres, y desengañado estés,  
y aunque en un lugar te ves donde a todos  
te prefieres, mira bien lo que te advierto:  
que seas humilde y blando, porque quizá  
estás soñando, aunque ves que estás  
despierto. (Vase).

SEGISMUNDO:

¿Que quizá soñando estoy, aunque  
despierto me veo? No sueño, pues toco y  
creo lo que he sido y lo que soy. Y  
aunque agora te arrepientes, poco  
remedio tendrás; sé quién soy, y no  
podrás, aunque suspires y sientas,  
quitarme el haber nacido desta corona  
heredero;  
y si me viste primero a las prisiones  
rendido, fue porque ignoré quién era. Pero  
ya informado estoy de quién soy; y sé que  
soy un compuesto de hombre y fiera.

Sale ROSAURA, dama.

ROSAURA:

Siguiendo a Estrella vengo, y gran temor de hallar  
a Astolfo tengo; que Clotaldo desea que no sepa  
quién soy, y no me vea, porque dice que importa al  
honor mío; y de Clotaldo fío su efeto; pues le debo  
agradecida aquí el amparo de mi honor y vida.

CLARÍN:

¿Qué es lo que te ha agrado más de cuanto hoy has  
visto y admirado?

SEGISMUNDO:

Nada me ha suspendido, que todo lo tenía prevenido; mas si admirar hubiera algo en el mundo, la hermosura fuera de la mujer. Leía una vez en los libros que tenía, que lo que a Dios mayor estudio debe era el hombre, por ser un mundo breve. Mas ya que lo es recelo la mujer, pues ha sido un breve cielo; y más beldad encierra que el hombre, cuanto va de cielo a tierra; y más si es la que miro.

ROSAURA:

El Príncipe está aquí; yo me retiro.

SEGISMUNDO:

Oye, mujer, deténte. No jentes el ocaso y el oriente, huyendo al primer paso; que juntando el oriente y el ocaso, la lumbre y sombra fría, serás sin duda síncopa del día.

(Aparte) Pero ¿qué es lo que veo?

ROSAURA:

(Aparte)

Lo mismo que estoy viendo, dudo y creo.

SEGISMUNDO:

(Aparte) Yo he visto esta belleza otra vez.

ROSAURA:

(Aparte)

Yo, esta pompa, esta grandeza he visto reducida a una estrecha prisión.

SEGISMUNDO:

(Aparte)

(Ya hallé mi vida). Mujer, que aqueste nombre es el mejor requiebro para el hombre ¿quién eres? Que sin verte adoración me debes; y de suerte por la fe te conquisto que me persuado a que otra vez te he visto. ¿Quién eres, mujer bella?

ROSAURA:

(Aparte)

(Disimular me importa). Soy de Estrella una infelice dama.

SEGISMUNDO:

No digas tal; di el sol, a cuya llama aquella estrella vive, pues de tus rayos resplandor recibe. Yo vi en reino de olores que presidía entre comunes flores la deidad de la rosa; y era su emperatriz por más hermosa. Yo vi entre piedras finas de la docta academia de sus minas preferir el diamante, y ser su emperador por más brillante. Yo en esas cortes bellas de la inquieta república de estrellas vi en el lugar primero por rey de las estrellas el lucero. Yo en esferas perfectas, llamando el sol a cortes los planetas, le vi que presidía como mayor oráculo del día. Pues ¿cómo, si entre flores, entre estrellas, piedras, signos, planetas, las más bellas prefieren, tú has servido la de menos beldad, habiendo sido por más bella y hermosa, sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

Sale CLOTALDO.

CLOTALDO:

(Aparte)

A Segismundo reducir deseo, porque en fin lo he criado. Mas ¿qué veo?

ROSAURA:

Tu favor reverencio. Respóndete retórico el silencio; cuando tan torpe la razón se halla, mejor habla, señor, quien mejor calla.

SEGISMUNDO:

No has de ausentarte, espera. ¿Cómo quieres dejar desa manera a escuras mi sentido?

ROSAURA:

Esta licencia a Vuestra Alteza pido.

SEGISMUNDO:

Irte con tal violencia no es pedir, es tomarte la licencia.

ROSAURA:

Pues, si tú no la das, tomarla espero.

SEGISMUNDO:

Harás que de cortés pase a grosero; porque la  
resistencia es veneno crUEL de mi paciencia.

ROSAURA:

Pues cuando ese veneno, de furia, de rigor  
y saña lleno, la paciencia venciera, mi  
respeto no osara, ni pudiera.

SEGISMUNDO:

Sólo por ver si puedo harás que pierda a tu hermosura  
el miedo, que soy muy inclinado a vencer lo  
imposible. Hoy he arrojado dese balcón a un hombre  
que decía  
que hacerse no podía; y así, por ver si puedo,  
cosa es llana que arrojaré tu honor por la  
ventana.

CLOTALDO:

(Aparte)

Mucho se va empeñando.

¿Qué he de hacer, cielos, cuando tras un loco  
deseo mi honor segunda vez a riesgo veo?

ROSAURA:

No en vano prevenía  
a este reino infeliz tu tiranía escándalos tan fuertes de  
delitos, traiciones, iras, muertes. Mas ¿qué ha de hacer  
un hombre, que de humano no tiene más que el nombre  
atrevido, inhumano, crUEL, soberbio, bárbaro y tirano,  
nacido entre las fieras?

SEGISMUNDO:

Porque tú ese baldón no me dijeras tan cortés me  
mostraba, pensando que con esto te obligaba;  
mas, si lo soy hablando deste modo, has de  
decirlo, ¡vive Dios!, por todo. ¡Hola!, dejadnos  
solos, y esa puerta se cierre y no entre nadie.

Vase CLARÍN.

ROSAURA:

(Aparte)

Yo soy muerta.

Advierte...

SEGISMUNDO:

Soy tirano, y ya pretendes, reducirme en vano.

CLOTALDO:

(Aparte)

¡Oh qué lance tan fuerte!

Saldré a estorbarlo, aunque me dé la muerte. Señor, atiende, mira.

SEGISMUNDO:

Segunda vez me has provocado a ira, viejo caduco y loco.

¿Mi enojo y mi rigor tienes en poco? ¿Cómo hasta aquí has llegado?

CLOTALDO:

De los acentos desta voz llamado, a decirte que seas más apacible, si reinar deseas; y no, por verte ya de todos dueño, seas crüel, porque quizá es un sueño.

SEGISMUNDO:

A rabia me provocas, cuando la luz del desengaño tocas. Veré, dándote muerte, si es sueño o si es verdad.

(Al ir a sacar la daga, se la tiene CLOTALDO y se arrodilla).

CLOTALDO:

Yo desta suerte librar mi vida espero.

SEGISMUNDO:

Quita la osada mano del acero.

CLOTALDO:

Hasta que gente venga, que tu rigor y cólera detenga, no he de soltarte.

ROSAURA:

¡Ay, cielos!

SEGISMUNDO:

Suelta, digo,  
caduco, loco, bárbaro, enemigo, o será  
desta suerte (Luchan).  
el darte agora entre mis brazos muerte.

ROSAURA:  
¡Acudid todos presto, que  
matan a Clotaldo! (Vase).

Sale ASTOLFO a tiempo que cae CLOTALDO a sus pies, y él se pone en medio.

ASTOLFO:  
Pues ¿qué es esto, príncipe  
generoso?  
¿Así se mancha acero tan brioso en una sangre  
helada?  
Vuelva a la vaina tu lucida espada.

SEGISMUNDO:  
En viéndola teñida en esa  
infame sangre.

ASTOLFO:  
Ya su vida tomó a mis pies sagrado; y de algo ha de  
servirme haber llegado.  
SEGISMUNDO:  
Sírvate de morir; pues desta suerte también sabré  
vengarme con tu muerte de aquel pasado enojo.

ASTOLFO:  
Yo defiendo mi vida; así la majestad no  
ofendo.

Sacan las espadas, y sale[n] el REY BASILIO y ESTRELLA.

CLOTALDO:  
No le ofendas, señor.

BASILIO:  
Pues ¿aquí espadas?

ESTRELLA:  
(Aparte)

Astolfo es. ¡Ay de mí, penas airadas!

BASILIO:

Pues, ¿qué es lo que ha pasado?

ASTOLFO:

Nada, señor, habiendo tú llegado. (Envainan).

SEGISMUNDO:

Mucho, señor, aunque hayas tú venido; yo a ese viejo matar he pretendido.

BASILIO:

¿Respeto no tenías a estas canas?

CLOTALDO:

Señor, ved que son mías, que no importa veréis.

SEGISMUNDO:

Acciones vanas,  
querer que tenga yo respeto a canas; pues aun ésa  
podría ser que viese a mis plantas algún día; porque  
aún no estoy vengado del modo injusto con que me  
has criado. (Vase).

BASILIO:

Pues antes que lo veas, volverás a dormir adonde  
creas que cuanto te ha pasado, como fue bien del  
mundo, fue soñado.

Vanse el REY y CLOTALDO. Quedan ESTRELLA y ASTOLFO.

ASTOLFO:

¡Qué pocas veces el hado que dice desdichas  
miente, pues es tan cierto en los males  
cuanto dudoso en los bienes! ¡Qué buen  
astrólogo fuera, si siempre casos crueles  
anunciara, pues no hay duda que ellos  
fueran verdad siempre! Conocerse esta  
experiencia en mí y Segismundo puede,  
Estrella, pues en los dos hizo muestras  
diferentes. En él previno rigores, soberbias,

desdichas, muertes y en todo dijo verdad,  
porque todo, al fin, sucede. Pero en mí (que  
al ver, señora esos rayos excelentes, de  
quien el sol fue una sombra y el cielo un  
amago breve)

que me previno venturas, trofeos,  
aplausos, bienes dijo mal y dijo bien;  
pues sólo es justo que acierte cuando  
amaga con favores y ejecuta con  
desdenes.

ESTRELLA:

No dudo que esas finezas son verdades  
evidentes; mas serán por otra dama,  
cuyo retrato pendiente trujistes al  
cuello cuando llegastis, Astolfo, a  
verme; y siendo así, esos requiebros  
ella sola los merece. Acudid a que ella  
os pague; que no son buenos papeles en  
el consejo de amor las finezas ni las  
fees que se hicieron en servicio de otras  
damas y otros reyes.

Sale ROSAURA al paño.

ROSAURA:

(Aparte)

¡Gracias a Dios q[ue] han llegado ya mis  
desdichas crueles al término suyo, pues quien  
esto ve nada teme!

ASTOLFO:

Yo haré que el retrato salga del pecho,  
para que entre la imagen de tu  
hermosura. Donde entra Estrella no  
tiene lugar la sombra, ni estrella donde  
el sol; voy a traerle. (Aparte) Perdona,  
Rosaura hermosa, este agravio, porque  
ausentes, no se guardan más fe que ésta  
los hombres y las mujeres. (Vase).

ROSAURA:

(Aparte) Nada he podido escuchar,  
temerosa que me viese.

ESTRELLA:  
Astrea.

ROSAURA:  
Señora mía.

ESTRELLA:  
Heme holgado que tú fueses la que  
llegaste hasta aquí; porque de ti  
solamente fiara un secreto.

ROSAURA:  
Honras, señora, a quien te obedece.

ESTRELLA:  
En el poco tiempo, Astrea, que ha que te  
conozco, tienes de mi voluntad las llaves;  
por esto, y por ser quien eres, me atrevo a  
fiar de ti lo que aun de mí muchas veces  
recaté.

ROSAURA:  
Tu esclava soy.

ESTRELLA:  
Pues, para decirlo en breve, mi primo  
Astolfo (bastara que mi primo te dijese,  
porque hay cosas que se dicen con  
pensarlas solamente) ha de casarse  
conmigo, si es que la fortuna quiere que  
con una dicha sola tantas desdichas  
descuento. Pesóme que el primer día  
echado al cuello trujese el retrato de una  
dama. Habléle en él cortésmente; es  
galán y quiere bien;  
fue por él, y ha de traerle aquí.  
Embarázame mucho que él a mí a  
dármele llegue. Quédate aquí y cuando  
venga le dirás que te le entregue a ti. No  
te digo más. Discreta y hermosa eres;  
bien sabrás lo que es amor. (Vase).

ROSAURA:  
¡Ojalá no lo supiese! ¡Válgame el cielo!  
¿Quién fuera tan atenta y tan prudente que

supiera aconsejarse hoy en ocasión tan fuerte? ¿Habrá persona en el mundo a quien el cielo inclemente con más desdichas combata y con más pesares cerque? ¿Qué haré en tantas confusiones, donde imposible parece que halle razón que me alivie, ni alivio que me consuele? Desde la primer desdicha no hay suceso ni accidente que otra desdicha no sea; que unas a otras suceden, herederas de sí mismas. A la imitación del fénix unas de las otras nacen, viviendo de lo que mueren; y siempre de sus cenizas está el sepulcro caliente. Que eran cobardes, decía un sabio, por parecerle que nunca andaba una sola; yo digo que son valientes, pues siempre van adelante, y nunca la espalda vuelven. Quien las llevase consigo, a todo podrá atreverse, pues en ninguna ocasión no haya miedo que le dejen. Dígalo yo, pues en tantas como a mi vida suceden, nunca me he hallado sin ellas, ni se han cansado hasta verme, herida de la fortuna en los brazos de la muerte. ¡Ay de mí! ¿Qué debo hacer hoy en la ocasión presente? Si digo quién soy, Clotaldo, a quien mi vida le debe este amparo y este honor, conmigo ofenderse puede; pues me dice que callando honor y remedio espere. Si no he de decir quién soy a Astolfo, y él llega a verme, ¿cómo he de disimular?

Pues aunque fingirlo intenten la voz, la lengua y los ojos, les dirá el alma que mienten. ¿Qué haré? ¿Mas para qué estudio lo que haré, si es evidente que por más que lo prevenga, que lo estudie y que lo piense, en llegando la ocasión ha de hacer lo que quisiere el dolor? Porque ninguno imperio en sus penas tiene. Y pues a determinar lo que ha de hacer no se atreve el alma, llegue el dolor hoy a su término, llegue la pena a su extremo y salga de dudas y pareceres de una vez; pero hasta entonces ¡valedme, cielos, valedme!

Sale ASTOLFO con el retrato.

ASTOLFO:  
Éste es, señora, el retrato; mas ¡ay Dios!

ROSAURA:

¿Qué se suspende Vuestra Alteza? ¿Qué se admira?

ASTOLFO:

De oírte, Rosaura, y verte.

ROSAURA:

¿Yo Rosaura? Hase engañado Vuestra Alteza, si me tiene por otra dama; que yo soy Astrea, y no merece mi humildad tan grande dicha que esa turbación le cueste.

ASTOLFO:

Basta, Rosaura, el engaño, porque el alma nunca miente; y aunque como a Astrea te mire, como a Rosaura te quiere.

ROSAURA:

No he entendido a V[uestra] Alteza, y así no sé responderle. Sólo lo que yo diré es que Estrella (que lo puede ser de Venus) me mandó que en esta parte le espere, y de la suya le diga que aquel retrato me entregue, que está muy puesto en razón, y yo misma se lo lleve. Estrella lo quiere así, porque aun las cosas más leves, como sean en mi daño, es Estrella quien las quiere.

ASTOLFO:

Aunque más esfuerzos hagas, ¡oh qué mal, Rosaura, puedes disimular! Di a los ojos que su música concierten con la voz; porque es forzoso que desdiga y que disuene tan destemplado instrumento, que ajustar y medir quiere la falsoedad de quien dice con la verdad de quien siente.

ROSAURA:

Ya digo que sólo espero el retrato.

ASTOLFO:

Pues que quieres llevar al fin el engaño, con él quiero responderte. Dirásle, Astrea, a la Infanta que yo la

estimo de suerte que, pidiéndome un retrato, poca fineza parece enviársele; y así, porque le estime y le precie, le envío el original: y tú llevártsele puedes, pues ya le llevas contigo, como a ti misma te lleves.

ROSAURA:

Cuando un hombre se dispone, restado, altivo y valiente a salir con una empresa aunque por trato le entreguen lo que valga más, sin ella necio y desairado vuelve. Yo vengo por un retrato, y aunque un original lleve que vale más, volveré desairada; y así, déme Vuestra Alteza ese retrato, que sin él no he de volverme.

ASTOLFO:

Pues ¿cómo, si no he de darle, le has de llevar?

ROSAURA:

Desta suerte.  
Suéltale, ingrato.

ASTOLFO: Es en  
vano.

ROSAURA:

¡Vive Dios! que no ha de verse en manos de otra mujer.

ASTOLFO:  
Terrible estás.

ROSAURA:

Y tú aleve.

ASTOLFO:  
Ya basta, Rosaura mía.

ROSAURA:

¿Yo tuya, villano? Mientes.

Sale ESTRELLA.

ESTRELLA:

Astrea, Astolfo, ¿qué es esto?

ASTOLFO:

Aquésta es Estrella.

ROSAURA:

(Aparte) (Déme,  
para cobrar mi retrato, ingenio el  
amor). Si quieres saber lo que es, yo,  
señora, te lo diré.

ASTOLFO:

¿Qué pretendes?

ROSAURA:

Mandásteme que esperase aquí a Astolfo,  
y le pidiese un retrato de tu parte. Quedé  
sola, y como vienen de unos discursos a  
otros las noticias fácilmente, viéndote  
hablar de retratos, con su memoria  
acordéme de que tenía uno mío en la  
manga. Quise verle, porque una persona  
sola con locuras se divierte. Cayóseme de  
la mano al suelo. Astolfo, que viene a  
entregarte el de otra dama, le levantó, y  
tan rebelde está en dar el que le pides  
que, en vez de dar uno, quiere llevar otro.  
Pues el mío aun no es posible volverme  
con ruegos y persuasiones, colérica y  
impaciente yo se le quise quitar. Aquél  
que en la mano tiene es mío; tú lo verás  
con ver si se me parece.

ESTRELLA:

Soltad, Astolfo, el retrato. (Quítasele).

ASTOLFO:

Señora...

ESTRELLA:

No son crueles a la verdad los  
matices.

ROSAURA: ¿No es mío?

ESTRELLA:

¿Qué duda tiene?

ROSAURA:

Di q[ue] ahora te entregue el otro.

ESTRELLA:

Toma tu retrato, y vete.

ROSAURA:

(Aparte) Yo he cobrado mi retrato  
venga ahora lo que viniere. (Vase).

ESTRELLA:

Dadme ahora el retrato vos que os pedí: que  
au[n]que no piense veros ni hablaros jamás, no  
quiero, no, que se quede en vuestro poder,  
siquiera porque yo tan neciamente lo he pedido.

ASTOLFO:

(Aparte) (¿Cómo puedo  
salir de lance tan fuerte?) Aunque quiera,  
hermosa Estrella servirte y obedecerte, no  
podré darte el retrato que me pides, porque...

ESTRELLA:

Eres villano y grosero amante. No quiero  
que me le entregues; porque yo tampoco  
quiero, de que yo te le he pedido, con  
tomarle, que me acuerdes. (Vase).

ASTOLFO:

¡Oye, escucha, mira, advierte! ¡Válgate  
Dios por Rosaura! ¿Dónde, cómo o de  
qué suerte hoy a Polonia has venido a  
perderme y a perderte? (Vase).

Descúbrese SEGISM[U]NDO como al principio, con pieles y cadena, durmiendo en el suelo.  
Salen CLOTALDO, CLARÍN y los dos criados.

CLOTALDO:

Aquí le habéis de dejar, pues hoy su soberbia acaba donde empezó.

CRIADO 1: Como estaba, la cadena vuelvo a atar.

CLARÍN

No acabes de despertar,  
Segismundo, para verte perder,  
trocada la suerte, siendo tu gloria  
fingida una sombra de la vida y una  
llama de la muerte.

CLOTALDO:

A quien sabe discurrir así, es bien que  
se prevenga una estancia donde tenga  
harto lugar de arguir. Éste es el que  
habéis de asir y en ese cuarto encerrar.

CLARÍN ¿Por qué a  
mí?

CLOTALDO:

Porque ha de estar guardado en prisión  
tan grave Clarín que secretos sabe,  
donde no pueda sonar.

CLARÍN

¿Yo, por dicha, solicito dar muerte a mi  
padre? No. ¿Arrojé del balcón yo al Ícaro de  
poquito? ¿Yo muero ni resucito? ¿Yo sueño  
o duermo? ¿A qué fin me encierran?

CLOTALDO:

Eres Clarín.

CLARÍN

Pues ya digo que seré corneta, y  
que callaré, que es instrumento  
ruiin. (Llévanle).

Sale el REY BASILIO rebozado.

BASILIO:

¿Clotaldo?

CLOTALDO:

Señor, ¿así viene Vuestra  
Majestad?

BASILIO:

La necia curiosidad de ver lo  
que pasa aquí a Segismundo, ¡ay  
de mí!, deste modo me ha traído.

CLOTALDO:

Mírale allí reducido a su  
miserable estado.

BASILIO:

¡Ay, príncipe desdichado, y en triste  
punto nacido! Llega a despertarle,  
ya que fuerza y vigor perdió esos  
lotos que bebió.

CLOTALDO:

Inquieto, señor, está y  
hablando.

BASILIO: ¿Qué soñará agora?  
Escuchemos pues.

SEGISMUNDO:

(En sueños). Piadoso príncipe es el que  
castiga tiranos. Muera Clotaldo a mis  
manos, bese mi padre mis pies.

CLOTALDO:

Con la muerte me amenaza.

BASILIO:

A mí con rigor y afrenta.

CLOTALDO:

Quitarme la vida intenta.

BASILIO:

Rendirme a sus plantas traza.

SEGISMUNDO:

(En sueños). Salga a la anchurosa  
plaza del gran teatro del mundo este  
valor sin segundo: porque mi  
venganza cuadre, vean triunfar de su  
padre al príncipe

SEGISMUNDO:

(Despierta).

Mas ¡ay de mí!, ¿dónde estoy?

BASILIO:

(A CLOTALDO).

Pues a mí no me ha de ver.

Ya sabes lo que has de hacer. (Aparte)

Desde allí a escucharte voy. (Retírase).

SEGISMUNDO:

¿Soy yo por ventura? ¿Soy el que preso  
y aherrojado llego a verme en tal  
estado? ¿No sois mi sepulcro vos,  
torre? Sí. ¡Válgame Dios, qué de cosas  
he soñado!

CLOTALDO:

(Aparte) A mí me toca llegar a  
hacer la deshecha ahora. ¿Es ya de  
despertar hora?

SEGISMUNDO:

Sí, hora es ya de despertar.

CLOTALDO:

¿Todo el día te has de estar  
durmiendo? ¿Desde que yo al águila  
que voló con tarda vista seguí, y te  
quedaste tú aquí, nunca has  
despertado?

SEGISMUNDO:

No, ni aun agora he despertado, que  
según, Clotaldo, entiendo, todavía estoy  
durmiendo, y no estoy muy engañado.  
Porque si ha sido soñado lo que vi

palpable y cierto, lo que veo será  
incierto; y no es mucho que rendido, pues  
veo estando dormido que sueñe estando  
despierto.

CLOTALDO:

Lo que soñaste me di.

SEGISMUNDO:

Supuesto que sueño fue, no diré lo que  
soñé; lo que vi, Clotaldo, sí. Yo  
desperté, y yo me vi (¡qué crueldad tan  
lisonjera!) en un lecho que pudiera, con  
matices y colores, ser el catre de las  
flores que tejió la primavera. Aquí mil  
nobles rendidos a mis pies nombre me  
dieron de su príncipe, y sirvieron galas,  
joyas y vestidos. La calma de mis  
sentidos  
tú trocaste en alegría, diciendo la dicha mía;  
que, aunque estoy desta manera, príncipe en  
Polonia era.

CLOTALDO:

Buenas albricias tendría.

SEGISMUNDO:

No muy buenas; por traidor, con pecho  
atrevido y fuerte, dos veces te daba  
muerte.

CLOTALDO:

¿Para mí tanto rigor?

SEGISMUNDO:

De todos era señor, y de todos me  
vengaba. Sólo a una mujer amaba  
que fue verdad, creo yo, en que  
todo se acabó, y esto solo no se  
acaba.

Vase el REY.

CLOTALDO:

(Aparte) (Enternecido se ha ido el Rey de haberle escuchado). Como habíamos hablado de aquella águila, dormido, tu sueño imperios han sido; mas en sueños fuera bien entonces honrar a quien te crió en tantos empeños Segismundo; que aun en sueños no se pierde el hacer bien.

(Vase).

SEGISMUNDO:

Es verdad; pues reprimamos esta fiera condición, esta furia, esta ambición por si alguna vez soñamos. Y sí haremos, pues estamos en mundo tan singular, que el vivir sólo es soñar; y la experiencia me enseña que el hombre que vive sueña lo que es hasta despertar. Sueña el rey que es rey, y vive con este engaño mandando, disponiendo y gobernando; y este aplauso que recibe prestado, en el viento escribe, y en cenizas le convierte la muerte (¡desdicha fuerte!); ¡que hay quien intente reinar, viendo que ha de despertar en el sueño de la muerte! Sueña el rico en su riqueza que más cuidados le ofrece; sueña el pobre que padece su miseria y su pobreza; sueña el que a medrar empieza, sueña el que afana y pretende, sueña el que agravia y ofende; y en el mundo, en conclusión, todos sueñan lo que son, aunque ninguno lo entiende. Yo sueño que estoy aquí destas prisiones cargado, y soñé que en otro estado más lisonjero me vi. ¿Qué es la vida? Un frenesí. ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción, y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son.

## **Jornada tercera**

Sale CLARÍN.

CLARÍN:

En una encantada torre, por lo que sé, vivo  
preso. ¿Qué me harán por lo que ignoro, si por  
lo que sé me han muerto? ¡Que un hombre con  
tanta ha[m]bre viniese a morir viviendo!

Lástima tengo de mí. Todos dirán:  
«Bien lo creo», y bien se puede creer;  
pues para mí este silencio no conforma  
con el nombre Clarín, y callar no  
puedo. Quien me hace compañía  
aquí, si a decirlo acierto, son arañas y  
ratones. ¡Miren qué dulces jilgueros!  
De los sueños desta noche la triste  
cabeza tengo llena de mil chirimías, de  
trompetas y embelecos. de procesiones,  
de cruces, de disciplinantes; y éstos,  
unos suben, otros bajan, unos se  
desmayan viendo la sangre que llevan  
otros. Mas yo, la verdad diciendo, de  
no comer me desmayo; que en esta  
prisión me veo, donde ya todos los días  
en el filósofo leo Nicomedes, y las  
noches en el concilio Niceno. Si  
llaman santo al callar, como en  
calendario nuevo San Secreto es para  
mí, pues le ayuno y no le huelgo;  
aunque está bien merecido el castigo  
que padezco, pues callé, siendo criado,  
que es el mayor sacrilegio.  
(Ruido de cajas y gente, y dicen dentro).

SOLDADO 1:

Ésta es la torre en que está. Echad la puerta  
en el suelo; entrad todos.

CLARÍN:

¡Vive Dios! que a mí me buscan es cierto  
pues me dicen que aquí estoy.

¿Qué me querrán?

(Salen los soldados que pudieren).

SOLDADO 1:

Entrad dentro.

SOLDADO 2:

Aquí está.

CLARÍN:

No está.

TODOS.

Señor...

CLARÍN:

¿Si vienen borrachos éstos?

SOLDADO 2:

Tú nuestro príncipe eres; ni  
admitimos ni queremos sino al  
señor natural, y no príncipe  
extranjero. A todos nos da los pies.

TODOS.

¡Viva el gran príncipe n[uest]ro!

CLARÍN:

(Aparte)

¡Vive Dios, que va de veras! ¿Si es  
costumbre en este reino prender uno  
cada día y hacerle príncipe, y luego  
volverle a la torre? Sí, pues cada día lo  
veo; fuerza es hacer mi papel.

SOLDADOS.

Danos tus plantas.

CLARÍN: No puedo, porque las he  
menester para mí, y fuera defeto  
ser príncipe desplantado.

SOLDADO 2:

Todos a tu padre mesmo le dijimos  
que a tí solo por príncipe  
conocemos, no al de Moscavia.

CLARÍN:

¿A mi padre le perdistis el  
respeto?  
Sois unos tales por cuales.

SOLDADO 1:

Fue lealtad de nuestros pechos.

CLARÍN:

Si fue lealtad, yo os perdono.

SOLDADO 2:

Sal a restaurar tu imperio. ¡Viva  
Segismundo!

TODOS.

¡Viva!

CLARÍN:

(Aparte)

¿Segismundo dicen? Bueno.  
Segismundos llaman todos los  
príncipes contrahechos

Sale SEGISMUNDO:

SEGISMUNDO:

¿Quién no[m]bra aquí a Segismu[n]do?

CLARÍN:

(Aparte)

¡Mas que soy príncipe huero!

SOLDADO 2:

¿Quién es Segismundo?

SEGISMUNDO:

Yo.

SOLDADO 2:

Pues ¿cómo, atrevido y necio, tú te hacías  
Segismundo?

CLARÍN:

¿Yo Segismundo? Eso niego. Que vosotros fuistis quien me segismundasteis; luego vuestra ha sido solamente necedad y atrevimiento.

SOLDADO 1:

Gran príncipe Segismundo (que las señas que traemos tuyas son, aunque por fe te aclamamos señor nuestro), tu padre, el gran rey Basilio, temeroso que los cielos cumplan un hado, que dice que ha de verse a tus pies puesto, vencido de ti, pretende quitarte acción y derecho y dársela a Astolfo, duque de Moscovia. Para esto juntó su corte, y el vulgo, penetrando ya y sabiendo que tiene rey natural, venga a mandarle. Y así, haciendo noble desprecio de la inclemencia del hado, te ha buscado donde preso vives, para que, valido de tus armas y saliendo desta torre a restaurar tu imperial corona y cetro, se la quites a un tirano. Sal, pues; que en ese desierto ejército numeroso de bandidos y plebeyos te aclama. La libertad te espera; oye sus acentos.

VOCES.

¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO:

(Dentro). ¿Otra vez (¿qué es esto, cielos?) queréis que sueñe grandesas que ha de deshacer el tiempo? ¿Otra vez queréis que vea entre sombras y bosquejos la majestad y la pompa desvanecida del viento? ¿Otra vez queréis que toque el desengaño, o el riesgo a que el humano poder nace humilde y vive atento? Pues no ha de ser, no ha de ser. Miradme otra vez sujeto a mi fortuna.

Y pues sé que toda esta vida es sueño, idos,  
sombras, que fingís hoy a mis sentidos  
muertos cuerpo y voz, siendo verdad que ni  
tenéis voz ni cuerpo; que no quiero  
majestades fingidas, pompas no quiero.  
Fantásticas ilusiones que al soplo menos  
ligero del aura han de deshacerse bien  
como el florido almendro, que por  
madrugar sus flores, sin aviso y sin  
consejo, al primer soplo se apagan,  
marchitando y desluciendo de sus rosados  
capillos belleza, luz y ornamento,  
ya os conozco, ya os conozco, y sé que  
os pasa lo mismo con cualquiera que se  
duerme. Para mí no hay fingimientos;  
que, desengañado ya, sé bien que la vida  
es sueño.

SOLDADO 2:

Si piensas que te engañamos, vuelve a  
ese monte soberbio los ojos, para que  
veas la gente que aguarda en ellos para  
obedecerte.

SEGISMUNDO: Ya

otra vez vi aquesto mismo tan clara y  
distintamente como agora lo estoy  
viendo, y fue sueño.

SOLDADO 1:

Cosas grandes siempre, gran señor,  
trujeron anuncios; y esto sería, si lo  
soñaste primero.

SEGISMUNDO:

Dices bien, anuncio fue; y caso que  
fuese cierto, pues que la vida es tan  
corta, soñemos, alma, soñemos otra  
vez; pero ha de ser con atención y  
consejo de que hemos de despertar  
deste gusto al mejor tiempo; que  
llevándolo sabido, será el desengaño  
menos; que es hacer burla del daño  
adelantarle el consejo. Y con esta

prevención de que, cuando fuese cierto,  
es todo el poder prestado y ha de  
volverse a su dueño, atrevámonos a  
todo. Vasallos, yo os agradezco la  
lealtad; en mí lleváis quien os libre,  
osado y diestro, de extranjera  
esclavitud. Tocad al arma, que presto  
veréis mi inmenso valor. Contra mi  
padre pretendo tomar armas y sacar  
verdaderos a los cielos; presto he de  
verle a mis plantas. (Aparte)  
Mas si antes desto despierto ¿no será bien  
no decirlo supuesto que no he de hacerlo?

TODOS.

¡Viva Segismundo, viva!

Sale CLOTALDO.

CLOTALDO:

¿Qué alboroto es éste, cielos?

CLOTALDO:

Señor... (Aparte) En mí su  
crueldad prueba.

CLARÍN:

(Aparte) Yo apuesto que le despeña  
del monte.

(Vase).

CLOTALDO:

A tus reales plantas llego, ya sé que a  
morir.

SEGISMUNDO:

Levanta, levanta, padre, del suelo, que  
tú has de ser norte y guía de quien fíe  
mis aciertos; que ya sé que mi crianza a  
tu mucha lealtad debo. Dame los brazos.

CLOTALDO:

¿Qué dices?

SEGISMUNDO:

Que estoy soña[n]do, y que quiero obrar bien,  
pues no se pierde obrar bien, aun entre sueños.

CLOTALDO:

Pues, señor, si el obrar bien es ya tu  
blasón, es cierto que no te ofenda el que  
yo hoy solicite lo mismo. A tu padre has  
de hacer guerra. Yo aconsejarte no puedo  
contra mi Rey, ni valerte. A tus plantas  
estoy puesto; dame la muerte.

SEGISMUNDO:

¡Villano, traidor, ingrato! (Aparte) Mas  
¡cielos! reportarme me conviene, que aún  
no sé si estoy despierto. Clotaldo, vuestro  
valor

os envidio y agradezco. Idos a servir al  
Rey, que en el campo nos veremos.  
Vosotros, tocad el arma.

CLOTALDO:

Mil veces tus plantas beso. (Vase).

SEGISMUNDO:

A reinar, fortuna, vamos; no me  
despiertes, si duermo, y si es verdad, no  
me duermas. Mas, sea verdad o sueño,  
obrar bien es lo que importa. Si fuere  
verdad, por serlo; si no, por ganar amigos  
para cuando despertemos. (Vanse, y tocan  
el arma).

Salen el REY BASILIO y ASTOLFO.

BASILIO:

¿Quién, Astolfo, podrá parar prudente la furia de un  
caballo desbocado? ¿Quién detener de un río la  
corriente que corre al mar, soberbio y despeñado?  
¿Quién un peñasco suspender, valiente, de la cima de  
un monte, desgajado? Pues todo fácil de parar ha  
sido, y un vulgo no, soberbio y atrevido. Dígalo en  
bandos el rumor partido, pues se oye resonar en lo

profundo de los montes el eco repetido, unos  
«Astolfo» y otros «Segismundo». El dosel de la jura,  
reducido a segunda intención, a horror segundo,  
teatro funesto es, donde importuna representa  
tragedias la fortuna.

ASTOLFO:

Suspéndase, señor, el alegría, cese el aplauso y gusto  
lisonjero que tu mano feliz me prometía; que si  
Polonia (a quien mandar espero) hoy se resiste a la  
obediencia mía, es porque la merezca yo primero.  
Dadme un caballo, y de arrogancia lleno rayo  
descienda el que blasona trueno. (Vase).

BASILIO:

Poco reparo tiene lo infalible, y mucho riesgo lo  
previsto tiene; si ha de ser, la defensa es imposible, que  
quien la excusa más, más la previene.

¡Dura ley! ¡Fuerte caso! ¡Horror terrible! Quien piensa que  
huye el riesgo, al riesgo viene, con lo que yo guardaba me he  
perdido; yo mismo, yo mi patria he destruído.

Sale ESTRELLA.

ESTRELLA.

Si tu presencia, gran señor, no trata de enfrenar el  
tumulto sucedido, que de uno en otro bando se  
dilata, por las calles y plazas dividido, verás tu  
reino en ondas de escarlata nadar, entre la púrpura  
teñido de su sangre; que ya con triste modo, todo es  
desdichas y tragedias todo. Tanta es la ruina de tu  
imperio, tanta la fuerza del rigor duro y sangriento,  
que visto admira y escuchado espanta. El sol se  
turba y se embaraza el viento; cada piedra una  
pirámide levanta y cada flor construye un  
monumento; cada edificio es un sepulcro altivo,  
cada soldado un esqueleto vivo.

Sale CLOTALDO.

CLOTALDO ¡Gracias a Dios que vivo a tus pies  
llego!

BASILIO:

Clotaldo, pues ¿qué hay de Segismundo?

CLOTALDO:

Que el vulgo, monstruo despeñado y ciego, la torre  
penetró, y de lo profundo della sacó su príncipe, que  
luego que vio segunda vez su honor segundo, valiente se  
mostró, diciendo fiero que ha de sacar al cielo  
verdadero.

BASILIO:

Dadme un caballo, porque yo en persona vencer  
valiente a un hijo ingrato quiero; y en la defensa ya  
de mi corona, lo que la ciencia erró venza el acero.  
(Vase).

ESTRELLA.

Pues yo al lado del sol seré Belona. Poner mi  
nombre junto al tuyo espero; que he de volar sobre  
tendidas alas a competir con la deidad de Palas.  
(Vase, y tocan al arma).

Sale ROSAURA y detiene a CLOTALDO.

ROSAURA:

Aunque el valor q[ue] se encierra en tu  
pecho desde allí dé voces, oyeme a mí;  
que yo sé que todo es guerra. Ya sabes que yo  
llegué pobre, humilde y desdichada a Polonia, y  
amparada de tu valor, en ti hallé piedad.  
Mandásteme ¡ay cielos! que disfrazada viviese  
en palacio, y pretendiese, disimulando mis celos,  
guardarme de Astolfo. En fin él me vio, y tanto  
atropella mi honor q[ue], viéndome, a Estrella de  
noche habla en un jardín. Désté la llave he  
tomado, y te podrá dar lugar de que en él puedas  
entrar a dar fin a mi cuidado. Aquí altivo, osado  
y fuerte, volver por honor podrás, pues que ya  
resuelto estás a vengarme con su muerte.

CLOTALDO:

Verdad es que me incliné, desde el punto  
que te vi, a hacer, Rosaura, por ti (testigo  
tu llanto fue) cuanto mi vida pudiese. Lo  
primero que intenté quitarte aquel traje  
fue, porque, si Astolfo te viese, te viese en  
tu propio traje, sin juzgar a liviandad la

loca temeridad que hace del honor ultraje.  
En este tiempo trazaba cómo cobrar se  
pudiese tu honor perdido, aunque fuese  
(tanto tu honor me arrestaba) dando  
muerte a Astolfo. ¡Mira qué caduco  
desvarío! Si bien, no siendo rey mío, ni  
me asombra ni me admira. Darle pensé  
muerte, cuando Segismundo pretendió  
dármela a mí, y él llegó, su peligro  
atropellando, a hacer en defensa mía  
muestras de su voluntad que fueron  
temeridad, pasando de valentía. Pues,  
¿cómo yo agora (advierte), teniendo alma  
agradecida, a quien me ha dado la vida le  
tengo que dar la muerte? Y así, entre los  
dos partido el efeto y el cuidado, viendo  
que a ti te la he dado, y que dél la he  
recibido, no sé a qué parte acudir, no sé  
qué parte ayudar; si a ti me obligué con  
dar, dél lo estoy con recibir. Y así, en la  
acción que se ofrece, nada a mi amor  
satisface, porque soy persona que hace y  
persona que padece.

**ROSAURA:**

No tengo que prevenir que en un varón  
singular, cuanto es noble acción el dar  
es bajeza el recibir. Y este principio  
asentado, no has de estarle agradecido,  
supuesto que si él ha sido el que la vida  
te ha dado, y tú a mí, evidente cosa  
es que él forzó tu nobleza a que hiciese  
una bajeza, y yo una acción generosa.  
Luego estás dél ofendido, luego estás de  
mí obligado, supuesto que a mí me has  
dado lo que dél has recibido; y así debes  
acudir a mi honor en riesgo tanto, pues yo  
le prefiero cuanto va de dar a recibir.

**CLOTALDO:**

Aunque la nobleza vive de la parte del  
que da, el agradecerla está de parte del  
que recibe; y pues ya dar he sabido, ya  
tengo con nombre honroso el nombre de

generoso. Déjame el de agradecido, pues  
le puedo conseguir siendo agradecido  
cuanto liberal, pues honra tanto el dar  
como el recibir.

ROSAURA:

De ti recibí la vida, y tú mismo me  
dijiste, cuando la vida me diste, que la  
que estaba ofendida no era vida. Luego  
yo nada de ti he recibido; pues muerte,  
no vida, ha sido la que tu mano me dio.  
Y si debes ser primero liberal que  
agradecido (como de ti mismo he oído),  
que me des la vida espero, que no me la  
has dado, y pues el dar engrandece más,  
sé antes liberal; serás agradecido  
después.

CLOTALDO:

Vencido de tu argumento, antes liberal  
seré. Yo, Rosaura, te daré mi hacienda, y  
en un convento vive; que está bien  
pensado el medio que solicito; pues  
huyendo de un delito te recoges a un  
sagrado; que cuando, tan dividido, el reino  
desdichas siente, no he de ser quien las  
aumente, habiendo noble nacido. Con el  
remedio elegido soy con el reino leal, soy  
contigo liberal, con Astolfo agradecido; y  
así escogerle te cuadre, quedándose entre  
los dos, que no hiciera ¡vive Dios! más,  
cuando fuera tu padre.

ROSAURA:

Cuando tú mi padre fueras, sufriera  
esa injuria yo; pero no siéndolo, no.

CLOTALDO:

Pues ¿qué es lo q[ue] hacer esperas?

ROSAURA:

Matar al Duque.

CLOTALDO: Una dama que padre  
no ha conocido ¿tanto valor ha

tenido?

ROSAURA:

Sí.

CLOTALDO:

¿Quién te alienta?

ROSAURA:

Mi fama.

CLOTALDO:

Mira que a Astolfo has de ver...

ROSAURA:

Todo mi honor lo atropella.

CLOTALDO:

... tu rey, y esposo de Estrella.

ROSAURA:

¡Vive Dios que no ha de ser!

CLOTALDO:

Es locura.

ROSAURA:

Ya lo veo.

CLOTALDO:

Pues vénclala.

ROSAURA:

No podré.

CLOTALDO:

Pues perderás...

ROSAURA:

Ya lo sé.

CLOTALDO:

... vida y honor.

ROSAURA:  
Bien lo creo.

CLOTALDO:  
¿Qué intentas?

ROSAURA:  
Mi muerte.

CLOTALDO:  
Mira que eso es despecho.

ROSAURA:  
Es honor

CLOTALDO:  
Es desatino.

ROSAURA:  
Es valor.

CLOTALDO.  
Es frenesí.

ROSAURA:  
Es rabia, es ira.

CLOTALDO:  
En fin, ¿que no se da medio a tu ciega  
pasión?

ROSAURA:  
No.

CLOTALDO:  
¿Quién ha de ayudarte?

ROSAURA: Yo

CLOTALDO:  
¿No hay remedio?

ROSAURA:  
No hay remedio.

CLOTALDO:

Piensa bien si hay otros modos...

ROSAURA:

Perderme de otra manera. (Vase).

CLOTALDO.

Pues has de perderte, espera, hija, y  
perdámonos todos. (Vase).

Tocan y salen, marchando, SOLDADOS, CLARÍN y SEGISMUNDO, vestido de pieles.

SEGISMUNDO:

Si este día me viera  
Roma en los triunfos de su edad primera,  
¡oh, cuánto se alegrara, viendo lograr una  
ocasión tan rara de tener una fiera  
que sus grandes ejércitos rigiera, a cuyo  
altivo aliento  
fuera poca conquista el firmamento! Pero el vuelo  
abatamos, espíritu. No así desvanezcamos aqueste  
aplauso incierto, si ha de pesarme cuando esté  
despierto de haberlo conseguido para haberlo  
perdido; pues mientras menos fuere menos se  
sentirá si se perdiere. (Dentro, un clarín).

CLARÍN:

En un veloz caballo (perdóname, que fuerza es el  
pintallo en viniéndome a cuenta), en quien un mapa se  
dibuja atento, pues el cuerpo es la tierra, el fuego el  
alma que en el pecho encierra, la espuma el mar, el aire  
su suspiro, en cuya confusión un caos admiro, pues en  
el alma, espuma, cuerpo, aliento, monstruo es de fuego,  
tierra, mar y viento, de color remendado, rucio, y a su  
propósito rodado del que bate la espuela y en vez de  
correr vuela, a tu presencia llega airosa una mujer.

SEGISMUNDO:

Su luz me ciega.

CLARÍN:

¡Vive Dios que es Rosaura! (Vase).

SEGISMUNDO:

El cielo a mi presencia la restaura.

Sale ROSAURA, con vaquero, espada y daga.

ROSAURA:

Generoso Segismundo cuya majestad heroica sale al día de sus hechos de la noche de sus sombras; y como el mayor planeta que en los brazos de la aurora se restituye luciente  
a las flores y a las rosas, y sobre mares y montes, cuando coronado asoma, luz esparce, rayos brilla, cumbres baña, espumas borda; así amanezcas al mundo, luciente sol de Polonia, que a una mujer infelice, que hoy a tus plantas se arroja, ampares por ser mujer y desdichada, dos cosas que, para obligar a un hombre que de valiente blasona, cualquiera de las dos basta, de las dos cualquiera sobra. Tres veces son las que ya me admirás, tres las que ignoras quién soy, pues las tres me has visto en diverso traje y forma. La primera me creíste varón, en la rigurosa prisión, donde fue tu vida de mis desdichas lisonja. La segunda me admiraste mujer, cuando fue la pompa de tu majestad un sueño, una fantasma, una sombra. La tercera es hoy, que siendo monstruo de una especie y otra, entre galas de mujer armas de varón me adornan. Y porque compadecido mejor mi amparo dispongas, es bien que de mis sucesos trágicas fortunas oigas. De noble madre nací en la corte de Moscovia, que, según fue desdichada, debió de ser muy hermosa. En ésta puso los ojos un traidor, que no le nombra mi voz por no conocerle, de cuyo valor me informa el mío; pues siendo objeto de su idea, siento agora no haber nacido gentil, para persuadirme loca, a que fue algún dios de aquéllos que en metamorfosis lloran, lluvia de oro, cisne y toro, Dánae, Leda y Europa. Cuando pensé que alargaba, citando aleves historias, el discurso, hallo que en él te he dicho en razones pocas que mi madre, persuadida a finezas amorosas, fue como ninguna bella, y fue infeliz como todas.

Aquella necia disculpa de fe y palabra de esposa  
la alcanza tanto que aun hoy el pensamiento la  
cobra, habiendo sido un tirano tan Eneas de su  
honra que la dejó hasta la espada. Enváinese  
aquí su hoja, que yo la desnudaré  
antes que acabe la historia. Deste, pues, mal  
dado nudo que ni ata ni aprisiona, o  
matrimonio o delito, si bien todo es una cosa,  
nací yo tan parecida, que fui un retrato, una  
copia, ya que en la hermosura no, en la dicha y  
en las obras; y así no habré menester decir  
que, poco dichosa heredera de fortunas, corrí  
con ella una propia. Lo más que podré decirte  
de mí es el dueño que roba los trofeos de mi  
honor, los despojos de mi honra. Astolfo... ¡Ay  
de mí!, al nombrarle se encoleriza y se enoja el  
corazón, propio efecto de que enemigo se  
nombra. Astolfo fue el dueño ingrato que  
olvidado de las glorias (porque en un pasado  
amor se olvida hasta la memoria), vino a  
Polonia, llamado de su conquista famosa, a  
casarse con Estrella, que fue de mi ocaso  
antorchas. ¿Quién creerá que, habiendo sido  
una Estrella quien conforma dos amantes, sea  
una Estrella la que los divida agora? Yo  
ofendida, yo burlada, quedé triste, quedé loca,  
quedé muerta, quedé yo, que es decir que  
quedó toda la confusión del infierno cifrada en  
mi Babilonia;  
y declarándome muda (porque hay penas y  
congojas que las dicen los afectos mucho  
mejor que la boca) dije mis penas callando,  
hasta que una vez a solas Violante mi madre  
¡ay cielos! rompió la prisión, y en tropa del  
pecho salieron juntas, tropezando unas con  
otras. No me embaracé en decirlas; que en  
sabiendo una persona que a quien sus  
flaquezas cuenta ha sido cómplice en otras,  
parece que ya le hace la salva y le desahoga;  
que a veces el mal ejemplo sirve de algo. En  
fin, piadosa oyó mis quejas, y quiso  
consolarme con las propias. Juez que ha  
sido delincuente, ¡qué fácilmente perdona!

Y escarmentando en sí misma (que por dejar a la ociosa libertad, al tiempo fácil el remedio de su honra, no le tuvo en mis desdichas), por mejor consejo toma que le siga y que le obligue, con finezas prodigiosas, a la deuda de mi honor; y para que a menos costa fuese, quiso mi fortuna q[ue] en traje de hombre me ponga. Descolgó una antigua espada que es ésta que ciño. Agora es tiempo que se desnude, como prometí, la hoja, pues confiada en sus señas

me dijo: «Parte a Polonia, y procura que te vean ese acero que te adorna los más nobles; que en alguno podrá ser que hallen piadosa acogida tus fortunas y consuelo tus congojas.» Llegué a Polonia en efeto. Pasemos, pues que no importa el decirlo, y ya se sabe que un bruto que se desboca me llevó a tu cueva, adonde tú de mirarme te asombras. Pasemos que allí Clotaldo de mi parte se apasiona, que pide mi vida al Rey, que el Rey mi vida le otorga, que informado de quién soy, me persuade a que me ponga mi propio traje, y que sirva a Estrella, donde ingeniosa estorbé el amor de Astolfo y el ser Estrella su esposa. Pasemos que aquí me viste otra vez confuso, y otra con el traje de mujer confundiste entradas formas; y vamos a que Clotaldo, persuadido a que le importa que se casen y que reinen Astolfo y Estrella hermosa, contra mi honor me aconseja que la pretensión disponga. Yo, viendo que tú, ¡oh valiente Segismundo!, a quien hoy toca la venganza, pues el cielo quiere que la cárcel rompas desa rústica prisión, donde ha sido tu persona al sentimiento una fiera, al sufrimiento una roca, las armas contra tu patria y contra tu padre tomas, vengo a ayudarte, mezclando entre las galas costosas de Díana, los arneses de Palas, vistiendo agora ya la tela y ya el acero, q[ue] entrados juntos me adornan. Ea, pues, fuerte caudillo, a los dos juntos importa impedir y

deshacer estas concertadas bodas; a mí porque no se case el que mi esposo se nombra, y a ti porque, estando juntos sus dos estados, no pongan con más poder y más fuerza en duda nuestra vitoria. Mujer, vengo a persuadirte el remedio de mi honra, y varón, vengo a alentarte a que cobres tu corona. Mujer, vengo a enternecerme cuando a tus plantas me ponga, y varón, vengo a servirte cuando a tus gentes socorra. Mujer, vengo a que me valgas en mi agravio y mi congoja, y varón, vengo a valerte con mi acero y mi persona. Y así piensa que si hoy como a mujer me enamoras, como varón te daré la muerte en defensa honrosa de mi honor; porque he de ser, en su conquista, amorosa, mujer para darte quejas, varón para ganar honras.

SEGISMUNDO:

(Aparte)

(Cielos, si es verdad que sueño,  
suspendedme la memoria, que no es  
 posible que quepan en un sueño tantas  
 cosas. ¡Válgame Dios! ¡Quién supiera o  
 saber salir de todas, o no pensar en  
 ninguna! ¡Quién vio penas tan dudosas? Si  
 soñé aquella grandeza en que me vi, ¿cómo  
 agora esta mujer me refiere unas señas tan  
 notorias? Luego fue verdad, no sueño; y si  
 fue verdad, que es otra confusión y no  
 menor, ¿cómo mi vida le nombra sueño?  
 Pues ¿tan parecidas a los sueños son las  
 glorias que las verdaderas son tenidas por  
 mentirosas, y las fingidas por ciertas? ¿Tan  
 poco hay de unas a otras que hay cuestión  
 sobre saber si lo que se ve y se goza es  
 mentira o es verdad? ¿Tan semejante es la  
 copia al original que hay duda en saber si  
 es ella propia? Pues si es así, y ha de verse  
 desvanecida entre sombras la grandeza y el  
 poder, la majestad y la pompa, sepamos  
 aprovechar este rato que nos toca, pues  
 sólo se goza en ella

lo que entre sueños se goza. Rosaura está en mi poder, su hermosura el alma adora. Gocemos, pues, la ocasión; el amor las leyes rompa del valor y confianza con que a mis plantas se postra. Esto es sueño; y pues lo es, soñemos dichas agora, que después serán pesares. Mas con mis razones propias vuelvo a convencerme a mí. Si es sueño, si es vanagloria, ¿quién por vanagloria humana pierde una divina gloria? ¿Qué pasado bien no es sueño? ¿Quién tuvo dichas heroicas que entre sí no diga, cuando las revuelve en su memoria: «sin duda que fue soñado cuanto vi»? Pues si esto toca mi desengaño, si sé que es el gusto llama hermosa que le convierte en cenizas cualquiera viento que sopla, acudamos a lo eterno; que es la fama vividora, donde ni duermen las dichas, ni las grandezas reposan. Rosaura está sin honor; más a un príncipe le toca el dar honor que quitarle. ¡Vive Dios! que de su honra he de ser conquistador antes que de mi corona. Huyamos de la ocasión, que es muy fuerte). ¡Al arma toca, que hoy he de dar la batalla, antes que las negras sombras sepulten los rayos de oro entre verdinegras ondas!

ROSAURA:

Señor, ¿pues así te ausentas? ¿Pues ni una palabra sola no te debe mi cuidado, no merece mi congoja? ¿Cómo es posible, señor, que ni me mires ni oigas?  
¿Aun no me vuelves el rostro?

SEGISMUNDO:

Rosaura, al honor le importa por ser piadoso contigo, ser cruel contigo agora. No te responde mi voz, porque mi honor te responda; no te hablo, porque quiero que te hablen por mí mis obras; ni te miro, porque es fuerza, en pena tan rigurosa, que no mire tu hermosura quien ha de mirar tu honra. (Vanse).

ROSAURA:

(Aparte)

¿Qué enigmas, cielos, son éstas?

Después de tanto pesar, ¡aún me queda que dudar con equívocas respuestas!

Sale CLARÍN.

CLARÍN:

Señora, ¿es hora de verte?

ROSAURA:

¡Ay, Clarín! ¿Dónde has estado?

CLARÍN:

En una torre, encerrado  
brujuleando mi muerte, y si me  
da, o no me da; y a figura que me  
diera pasante quínola fuera mi  
vida; que estuve ya para dar un  
estallido.

ROSAURA:

¿Por qué?

CLARÍN:

Porque sé el secreto de quién eres, y  
en efeto, (Dentro, cajas). Clotaldo...  
Pero ¿qué ruido es éste?

ROSAURA:

¿Qué puede ser?

CLARÍN:

Que del palacio sitiado sale un  
escuadrón armado a resistir y vencer  
el del fiero SEGISMUNDO:

ROSAURA:

Pues ¿córno cobarde estoy y ya a su  
lado no soy un escándalo del mundo,  
cuando ya tanta crueldad cierra sin  
orden ni ley?

(Vase).

DENTRO UNOS:

¡Viva n[uest]ro invicto Rey!

DE[N]TRO OTROS:

¡Viva nuestra libertad!

CLARÍN:

¡La libertad y el Rey vivan! Vivan  
muy enhorabuena, que a mí nada me  
da pena, como en cuenta me reciban;  
que yo, apartado este día en tan grande  
confusión, haga el papel de Nerón que  
de nada se dolía. Si bien me quiero  
doler de algo, y ha de ser de mí;  
escondido, desde aquí toda la fiesta he  
de ver. El sitio es oculto y fuerte entre  
estas peñas. Pues ya la muerte no me  
hallará, dos higas para la muerte.

(Escó[n]dese. Suena ruido de armas).

Salen el REY, CLOTALDO y ASTOLFO, huyendo.

BASILIO:

¿Hay más infelice rey?  
¿Hay padre más perseguido?

CLOTALDO:

Ya tu ejército vencido baja sin tino  
ni ley.

ASTOLFO:

Los traidores vencedores quedan.

BASILIO:

En batallas tales los que vencen son  
leales, los vencidos los traidores.  
Huyamos, Clotaldo, pues, del crüel,  
del inhumano rigor de un hijo  
tirano.

Disparan dentro, y cae CLARÍN, herido, de donde está.

CLARÍN:

¡Válgame el cielo!

ASTOLFO:

¿Quién es este infeliz soldado que a nuestros pies ha caído en sangre todo teñido?

CLARÍN:

Soy un hombre desdichado, que por quererme guardar de la muerte, la busqué. Huyendo della, topé con ella, pues no hay lugar para la muerte secreto. De donde claro se arguye de quien más su efeto huye es quien se llega a su efeto. Por eso tornad, tornad a la lid sangrienta luego; que entre las armas y el fuego hay mayor seguridad que en el monte más guardado; que no hay seguro camino a la fuerza del destino y a la inclemencia del hado. Y así, aunque a libraros vais de la muerte con hüir, mirad que vais a morir, si está de Dios que muráis. (Cae dentro).

BASILIO:

Mirad que vais a morir, si está de Dios que muráis. ¡Qué bien, ay cielos, persuade nuestro error, nuestra ignorancia, a mayor conocimiento este cadáver que habla por la boca de una herida, siendo el humor que desata sangrienta lengua que enseña que son diligencias vanas del hombre cuantas dispone contra mayor fuerza y causa! Pues yo, por librar de muertes y sediciones mi patria, vine a entregarla a los mismos de quien pretendí librarla.

CLOTALDO:

Aunque el hado, señor, sabe todos los caminos, y halla a quien busca entre lo espeso de dos penas, no es cristiana determinación decir que no hay reparo a su saña. Sí hay, que el prudente varón vitoria del hado alcanza; y si no estás

reservado de la pena y la desgracia, haz  
por donde te reserves.

ASTOLFO:

Clotaldo, señor, te habla como  
prudente varón que madura edad  
alcanza, yo como joven valiente.

Entre las espesas ramas dese monte está  
un caballo, veloz aborto del aura; huye  
en él, que yo entre tanto te guardaré las  
espaldas.

BASILIO:

Si está de Dios que yo muera, o si la  
muerte me aguarda, aquí, hoy la quiero  
buscar, esperando cara a cara.

Tocan al arma, y sale SEGISMUNDO y toda la compañía.

SEGISMUNDO:

En lo intrincado del monte, entre sus  
espesas ramas, el Rey se esconde.  
Seguiré, no quede en sus cumbres planta  
que no examine el cuidado, tronco a  
tronco, y rama a rama.

CLOTALDO:

¡Huye, señor!

BASILIO:

¿Para qué?

ASTOLFO:

¿Qué intentas?

BASILIO:

Astolfo, aparta.

CLOTALDO:

¿Qué intentas?

BASILIO:

Hacer, Clotaldo,  
un remedio que me falta. Si a mí  
buscándome vas, ya estoy, príncipe, a tus  
plantas; sea dellas blanca alfombra esta  
nieve de mis canas. Pisa mi cerviz, y huella  
mi corona; postra, arrastra mi decoro y mi  
respeto; toma de mi honor venganza;  
sírvete de mí cautivo; y tras prevenciones  
tantas cumpla el hado su homenaje,  
cumpla el cielo su palabra.

SEGISMUNDO:

Corte ilustre de Polonia, que de  
admiraciones tantas sois testigos,  
atended, que vuestro príncipe os habla.  
Lo que está determinado del cielo, y en  
azul tabla Dios con el dedo escribió, de  
quien son cifras y estampas tantos  
papeles azules que adornan letras  
doradas, nunca miente, nunca engaña,  
porque quien miente y engaña es quien,  
para usar mal dellas, las penetra y las  
alcanza. Mi padre, que está presente, por  
excusarse a la saña de mi condición, me  
hizo un bruto, una fiera humana; de  
suerte que, cuando yo por mi nobleza  
gallarda, por mi sangre generosa, por mi  
condición bizarra, hubiera nacido dócil y  
humilde, sólo bastara  
tal género de vivir, tal linaje de crianza, a  
hacer fieras mis costumbres.  
¡Qué buen modo de estorbarlas!  
Si a cualquier hombre dijesen: «Alguna fiera  
inhumana te dará muerte», ¿escogiera buen  
remedio en despertalla cuando estuviese  
durmiendo? Si dijeran: «Esta espada que  
traes ceñida ha de ser quien te dé la muerte»,  
vana diligencia de evitarlo fuera entonces  
desnudarla y ponérsela a los pechos. Si  
dijesen: «Golfos de agua han de ser tu  
sepultura en monumentos de plata», mal  
hiciera en darse al mar, cuando soberbio  
levanta rizados montes de nieve, de cristal  
crespas montañas. Lo mismo le ha sucedido

que a quien, porque le amenaza una fiera, la despierta; que a quien, temiendo una espada la desnuda; y que a quien mueve las ondas de una borrasca; y cuando fuera (escuchadme) dormida fiera mi saña, templada espada mi furia, mi rigor quieta bonanza, la fortuna no se vence con injusticia y venganza, porque antes se incita más. Y así, quien vencer aguarda a su fortuna, ha de ser con prudencia y con templanza. No antes de venir el daño se reserva ni se guarda quien le previene; que aunque puede humilde (cosa es clara) reservarse dél, no es sino después que se halla en la ocasión, porque aquesta no hay camino de estorbarla. Sirva de ejemplo este raro espectáculo, esta extraña admiración, este horror, este prodigo; pues nada es más que llegar a ver, con prevenciones tan varias, rendido a mis pies a un padre, y atropellado a un monarca. Sentencia del cielo fue; por más que quiso estorbarla él no pudo, ¿y podré yo que soy menor en las canas, en el valor y en la ciencia vencerla? Señor, levanta, dame tu mano; que ya que el cielo te desengaña de que has errado en el modo de vencerle, humilde aguarda mi cuello a que tú te vengues, rendido estoy a tus plantas.

### BASILIO

Hijo, que tan noble acción otra vez en mis entrañas te engendra, príncipe eres. A ti el laurel y la palma se te deben. Tú venciste; corónente tus hazañas.

### TODOS.

¡Viva Segismundo, viva!

### SEGISMUNDO:

Pues que ya vencer aguarda mi valor grandes vitorias, hoy ha de ser la más alta vencerme a mí. Astolfo dé la mano

luego a Rosaura, pues sabe que de su honor es deuda y yo he de cobrarla.

ASTOLFO:

Aunque es verdad que la debo obligaciones, repara que ella no sabe quién es; y es bajeza y es infamia casarme yo con mujer...

CLOTALDO:

No prosigas, tente, aguarda; porque Rosaura es tan noble como tú, Astolfo, y mi espada lo defenderá en el campo; que es mi hija, y esto basta.

ASTOLFO:

¿Qué dices?

CLOTALDO:

Que yo hasta verla casada, noble y honrada, no la quise descubrir. La historia desto es muy larga; pero, en fin, es hija mía.

ASTOLFO:

Pues siendo así, mi palabra cumpliré.

SEGISMUNDO:

Pues, porq[ue] Estrella no quede desconsolada, viendo que príncipe pierde de tanto valor y fama, de mi propia mano yo con esposo he de casarla que en méritos y fortuna si no le excede, le iguala. Dame la mano.

ESTRELLA. Yo gano  
en merecer dicha tanta.

SEGISMUNDO:

A Clotaldo, que leal sirvió a mi padre, le aguardan mis brazos, con las mercedes que él pidiere que le haga.

SOLDADO 1:

Si así a quien no te ha servido honras, ¿a mí, que fui causa del alboroto del reino, y de la torre en que estabas te saqué, qué me darás?

SEGISMUNDO:

La torre; y porque no salgas della nunca hasta morir, has de estar allí con guardas; que el traidor no es menester siendo la traición pasada.

BASILIO:

Tu ingenio a todos admira.

ASTOLFO:

¡Qué condición tan mudada!

ROSAURA:

¡Qué discreto y qué prudente!

SEGISMUNDO:

¿Qué os admira? ¿Qué os espanta, si fue mi maestro un sueño, y estoy temiendo en mis ansias que he de despertar y hallarme otra vez en mi cerrada prisión? Y cuando no sea, el soñarlo sólo basta; pues así llegué a saber que toda la dicha humana, en fin, pasa como sueño. Y quiero hoy aprovecharla el tiempo que me durare, pidiendo de nuestras faltas perdón, pues de pechos nobles es tan propio el perdonarlas.

**Free**ditorial 